

FBI

Selecciones



**THE
CRIMINAL
AND
THE
LAW**



DON LASSISTER

**LA
Herencia
DE LOS
LAWSON**



**SELECCIONES
DEL
F. B. I.**

Don Lassister

**LA HEREDAD
DE LOS LAWSON**

© DON LASSITER

Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
Publicación semanal
aparece los viernes

Printed in Spain
Reedición

D. L. M. 11.102-1971

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

CAPITULO PRIMERO

DAVID Lawson llenó su pipa de cerezo con buen tabaco de Virginia, y salió al porche que rodeaba la casa. Estaba cerca el verano y hacía calor aquella noche. La casa, situada en el centro de la heredad, estaba rodeada de acres y más acres de manzanos. A la luz de la luna se veían las ordenadas hileras de los frutales cargados. Algunos árboles tenían tanto fruto que había sido necesario apuntalarlos para que no se quebraran las ramas. El viento traía un delicioso olor a heno, y de la parte del río llegaba el croar de las ranas.

—La heredad de los Lawson —murmuró David.

Conocía la historia de la heredad; era tema preferido de su madre. El primer Lawson vino de Suecia; David se parecía a él. Un gigante rubio de ojos azules que cultivó aquellas tierras salvajes junto al río San Bernardo, en el Estado de New Jersey, palmo a palmo, alisando, derribando árboles, quitando malezas, sembrando y plantando. Su mujer, Signe, le ayudó en todas las faenas. Incluso en la construcción de aquella casa de piedra, de líneas sencillas y armónicas. El sitio fue cuidadosamente elegido, un montículo en el centro, dominando la heredad.

David recorrió las cuatro fachadas paseando por la baranda que las rodeaba.

Nada turbaba el silencio de la noche. Del interior salía rumor de conversación; su madre y su hermana Kate charlaban en la cocina.

Las miro desde la noche. Tenía una gran ternura por ellas. Kate estaba seria, y su cabeza, de un rubio suave, se movía inquieta, subrayando algunos pasajes de la charla. Ahora sólo ella hablaba; el tono bajo de la voz, las miradas inquietas de su hermana a la puerta, le hacían pensar que se trataba de alguna confidencia.

«Cosa de mujeres», se dijo entre dientes Continuo observándolas. Su madre estaba cerca de la ventana. Se parecía a Kate, y los años, que se habían ensañado en su rostro, respetaron su figura esbelta y ágil. Quedó viuda muy joven, con ellos dos. David la recordaba siempre trabajando. Para su madre no hubo fiestas, ni descanso, ni vacaciones. Había dado su vida a la heredad de los Lawson.

Se aparto unos pasos de la ventana. Había oído algunas palabras con claridad y no quería sorprender ningún secreto. Sin saber por qué le preocupaba la inquieta actitud de su hermana. Kate vivía en Nueva York desde hacía dos años, trabajando de maniquí en una casa de modas de la Quinta Avenida. Cuando ella pensó marchar, él no quiso intervenir en su decisión; la madre se opuso tenazmente. Después discutieron, y, finalmente, le suplicó con lágrimas en los ojos que no dejara la heredad, que no fuera a aquella ciudad de perdición. Todo fue inútil. Kate se fue, y

él no se extrañó. Sabía que era tan obstinada como su madre.

La casa perdió mucho con su ausencia. La madre se encerró en un mutismo casi absoluto. Y David añoraba las veladas de antes, cuando Kate tocaba el piano o leía en voz alta bajo la gran lámpara.

Hoy, al cabo de dos años, había vuelto. Pero se marchaba en seguida, mañana mismo. La habían traído en un «Cadillac» último modelo, que conducían unos amigos desconocidos para David y su madre. Desconocidos, y casi invisibles, pues tras dejar a Kate, salieron disparados con la promesa de recogerla al día siguiente.

Kate había cambiado mucho en aquellos dos años. David la recordaba recogiendo las trenzas para marchar. Tenía diecisiete años. Y ahora estaba ante él una mujer que parecía mayor. Elegantemente vestida, con modales y palabras desconocidas. Fue una gran sorpresa para ellos.

Su madre se emocionó mucho; la encontró delgada. Luego se metió en la cocina y preparó una gran comida.

La voz de su madre le sacó de sus meditaciones:

—Buenas noches, hijo.

Habían salido a la terraza y estaban junto a él. David se acercó a su madre, y la besó en la frente.

—Buenas noches —contestó.

A la escasa luz que allí reinaba, creyó ver en su cara una expresión de dolor.

Cuando la madre desapareció, en silencio, Kate le cogió las manos y le llevó hasta unas mecedoras:

—Mi querido David... tienes muchas cosas que contarme. Estoy segura.

—Muchas más tienes tú. En la heredad no pasa nada.

—¿Qué te pasa, Kate? —preguntó.

—Nada. Pienso en esto.

—¿Esto?

—Sí, en nuestra heredad. En esta casa, en estos árboles, en este olor, en el rumor lejano del río San Bernardo.

David no contestó. También él pensaba lo mismo. Kate continuó:

—Creía haberme liberado de estos recuerdos, de estas cosas sentimentales, y resulta que estoy conmovida como una colegiala.

—Quédate.

—No puedo, David. Ya mi vida está en otro sitio. Además, no quiero continuar la tradición de los Lawson. Yo no volveré a la heredad. Quiero pensar por mí misma. No me gusta la idea de que hayan pensado por mí. De que unos muertos hayan trazado mi vida.

David continuó callado. El había estado en la guerra. Había sido sargento de Infantería de Marina; había operado en el Pacífico. Y había estado en el desembarco de Two-Jima. En el comedor tenía colgado el machete de un japonés que luchó con él, cuerpo a cuerpo, en las islas de

Fundían. Brotó como un demonio del suelo y atacó con la bayoneta. A David no le gustaba recordar esto; era el único hombre que había matado.

Durante los meses de la guerra pensó en la heredad con frecuencia. Cuando le licenciaron, volvió con alegría a ella; pero... las palabras de Kate encontraron un amplio eco en él.

—... toda la vida —continuaba Kate— atada a esta tierra. Como un animal de carga. Sin embargo, quisiera que esta noche no se acabara nunca.

Kate se puso en pie y se acercó a la balaustrada. David hizo lo mismo y le pasó el brazo por los hombros.

—¿Qué te pasa, Kate? —murmuró, con ternura.

Kate tardó unos minutos en contestar. Bajo su brazo, David la sintió temblar.

—Nada. Buenas noches.

Acercó su cara al hermano, y David la besó. Los ojos de Kate estaban llenos de lágrimas. Desapareció rápidamente en el interior de la casa.

David Lawson continuó en la terraza unos minutos todavía. El viento refrescaba, anunciando el día, y el silbido de un tren llegó lejano, como una invitación a la huida.

DAVID regresaba apresuradamente del mercado del pueblo en su viejo «Ford», pues le esperaban en casa para comer. Kate, después de la comida, se marchaba. Se le ocurrió pensar que debía invitar a Nils Armstrong, un amigo de Kate y suyo, que vivía cerca. Sabía que estaba enamorado de Kate, y que a su hermana no le desagradaba. Tenía la oculta esperanza de retrasar de este modo su viaje.

Desde la puerta de la granja avisó a Nils con unos bocinazos, y éste se presentó corriendo. Era rubio como David, y, también como él, de origen sueco.

—Kate llegó ayer —le dijo David.

—¿Kate? ¿Está aquí? ¿Ha vuelto? —preguntó, nervioso.

—Se marcha hoy. Ven a comer con nosotros. La despediremos.

—Espera un momento. Me pondré presentable. Estaba ordeñando.

Desde su asiento, David le vio desnudarse y meterse bajo la bomba del parque. A grandes voces pidió a su madre una camisa y un pantalón.

A David no le dio casi tiempo de saludar a la señora Armstrong, la madre de Nils, pues toda esta operación la había hecho rápidamente. De un salto se colocó junto a David, y, agitando las manos en señal de despedida, salieron a toda velocidad.

Nils rompió el silencio para preguntar ansiosamente:

—¿Cómo está Kate?

—Bien. Está bien. Ha cambiado mucho.

—Esta vez no la dejo marchar. Tú sabes que la necesito, David.

—Yo, se. Pero es ella la que tiene que saberlo.

—Ya lo sé. Pero llevo el propósito de decírselo, las palabras prendidas, y cuando estoy ante ella, me callo como un tonto.

Cortó en seco la conversación, pues acababa de ver a Kate. Había salido a recibir a su hermano a la puerta de la heredad. Su cara reflejaba claramente las señales de una vida agitada.

—¡Nils! —gritó Kate.

—¡Kate!

Se abrazaron. David no había parado el motor. Nils la ayudó a subir, y arrancaron. En el corto trayecto hasta la casa no hablaron. Se miraron y sonreían.

—Hay pato asado —dijo David.

—Y tarta de manzana —añadió Kate.

Entre risas descendieron del «Ford». David lo condujo al garaje. Y Kate y Nils, cogidos de la mano, subieron los escalones de la entrada.

—¿Cómo me encuentras? —preguntó, con cierta coquetería, Kate.

—Como siempre: preciosa —contestó Nils.

—Yo no puedo decirte lo mismo. Estás más despeinado que antes.

David llegó por atrás y empezó a alborotar el pelo de Nils.

—Es un erizo, Kate.

Comieron en silencio. Nils, dirigiéndose a Kate, preguntó:

—¿Qué hay por Nueva York?

—Multitudes.

—Yo voy la semana que viene —dijo Nils.

David alzó la cabeza, sorprendido, y preguntó:

—¿Qué vas a hacer allí?

—Quiero tomarme dos días de vacaciones. Visitar Exposiciones, las nuevas donaciones a los Museos.

—¿Sigues pintando, Nils? —preguntó Kate.

—Pues... sí. Confieso que no escarmiento. Sigo pintando.

Kate, explicó:

—En Nueva York hay ahora muchos lienzos de franceses: Matisse, Cezánne, Van Goth...

Nils, entusiasmado, indagó:

—¿Los has visto?

—Sí. Son magníficos.

—No sabía nada de ese viaje. ¿Cuándo lo decidiste?

—Ayer. ¿Te acuerdas de nuestro antiguo proyecto de ingresar en el F. B. I.?

David no contestó. Se acordaba perfectamente. Nils y él habían acariciado durante mucho tiempo la idea de llegar a ser agentes especiales del F. B. I. Desde aquel rincón de New Jersey seguían las extraordinarias actividades del Cuerpo. El lema de Fidelidad, Bravura e Integridad lo llevaban grabadas en sus corazones.

Por no discutir a su madre, ya muy quebrantada por la marcha de Kate, David no se decidió a solicitar el ingreso en el Federal Bureau of Investigation. Y como él no lo hizo, Nils renunció de momento a su sueño.

Pero he aquí que Nils se marchaba. Contestó, procurando aparecer indiferente:

—Sí, me acuerdo. ¿Qué relación tiene con este viaje?

—Quiero despedirme dignamente del mundo civilizado. Durante unos meses he de hacer una vida muy dura. Voy a la Academia de Quántico.

Callaron todos. En el silencio sonaba la voz dura de la madre:

—David: sé que te gustaría acompañar a Nils. Puedes ir con él, si quieres.

—Hago falta aquí. La heredad me necesita. Y tú, también.

—Te equivocas. Me basto sola. Además viene tu prima Astrid a pasar conmigo este tiempo. La he escrito hoy mismo a Bruswich.

—Pero si Astrid es una niña...

—Vuelves a equivocarte. Es ya una mujer, una verdadera mujer.

La madre miró a su hija con un mudo reproche en sus cansados ojos. Kate no contestó.

Sonó por el camino de grava que llevaba a la casa la llamada insistente de un sonoro claxon que se acercaba. Era el «Cadillac» que el día anterior había traído a Kate. Todos se pusieron en pie.

Instantes después el coche se detenía en la puerta. Kate recogió la maleta, rodeada de todos, y bajó los escalones, yendo al encuentro de los ocupantes del coche.

Eran dos. Al ver salir a Kate, descendieron del «Cadillac». Ofrecían un curioso contraste: uno era gigantesco, rubio, y el otro, pequeño y moreno. Los dos coincidían en una elegancia extremada, en un exquisito cuidado de sus personas. Olían a perfume francés. Desentonaban en aquel paisaje campesino.

Kate los presentó sencillamente:

—Ladislao Trausa y Pierre Armont.

Los elegantes caballeros se estremecieron bajo el fuerte apretón de manos de David y Nils. Sobre todo, el diminuto Pierre.

Si David y Nils estaban sorprendidos ante la curiosa pareja, no lo estaban menos los dos elegantes. Mostraron francamente su sorpresa ante aquellos dos muchachotes rubios, de ojos ingenuos. De enorme fuerza física, a juzgar por sus hombros.

La madre, desde lo alto de la escalera, saludó con una fría inclinación de cabeza.

David quiso que tomaran una taza de café.

—Imposible —musitó el llamado Pierre—. Hemos de estar en Nueva York a las diez de la noche.

Todos miraron los relojes. Eran las cuatro de la tarde.

Kate volvió a subir los escalones y besó a su madre. Después se acercó a David y a Nils, y los besó también. Volvió al coche y se sentó en el asiento delantero, junto a Ladislao Trausa. Detrás se instaló Pierre.

El coche arrancó, y Kate no volvió la cabeza.

La madre bajó despacio y se colocó entre los dos hombres. Los cogió del brazo. Dirigiéndose a David, le dijo:

—Vete con Nils a Nueva York. Y después a Quántico; quiero que seas agente del F. B. I.

David, sin contestar, la apretó la mano.

Los tres siguieron en silencio, con la mirada, la nube de polvo del «Cadillac» que se llevaba a Kate.

Tres días después llegó la prima Astrid. David fue a esperarla a la estación con el «Ford».

Sus recuerdos sobre ella eran muy confusos. La prima había pasado largas temporadas en la heredad, y el recordaba a una chiquilla delgadita y pelo color zanahoria. En la guerra recibió dos o tres cartas suyas, y una

vez, una fotografía. Se había reído mucho; aparecía allí una chiquilla con cara pecosa y pelo revuelto, montada a horcajadas sobre un árbol derribado. Los pantalones, remangados, dejaban ver unas piernas curtidas, llenas de tiznones.

Ésta era la imagen que él tenía. Así que, ahora al encontrarse frente a aquella espléndida muchacha que le besaba, no sabía dónde meterse.

—Estás igual, David. No has cambiado nada.

David, mirando el pelo rojizo, recogido por una cinta azul, la boca amplia, de blancos dientes, la piel sonrosada, la esbelta figura, dijo:

—No puedo decir lo mismo. No te hubiera conocido. Estás muy guapa.

—¿Es que no lo he estado siempre?

—Pues... no sé. Supongo que sí. Pero yo no me he dado cuenta.

Astrid, riendo, se colgó del brazo del muchacho. Éste recogió la maleta y se acercó al coche.

—¿Cuándo jubilas este cacharro?

—Cuando tenga dinero.

La camioneta arrancó, por fin, y David saltó al volante.

—¡Qué alegría volver con vosotros! ¡Cómo está Kate! ¿Y la tía?

David contestaba adecuadamente, mirando a hurtadillas el perfil puro de la joven. El viento caliente, cargado de olores vegetales, despeinaba a Astrid. Y a David le inquietaba extrañamente sentir sobre su piel el contacto de la rojiza melena.

Subían una cuesta, y el ruido del motor era insoportable. Astrid decidió callar. Estaba contenta de ir a la heredad de los Lawson. Ella era Lawson por su madre, y amaba la tierra como ellos.

Al pasar por la granja de Nils, gritaron y tocaron el claxon. Acudió la señora Armstrong, explicando: Nils no estaba en casa. Se hallaba al extremo de la granja, vacunando a una vaca.

Unos minutos más tarde, Astrid y su tía se abrazaban.

—Prepararé una taza de te, querida. Vendrás muy cansada.

—Nada de eso. Te ayudaré a prepararlo.

La señora Lawson no lo consintió. Presumía de hacer el te como nadie, y, en efecto, a David le parecía el mejor del mundo...

Mientras tomaban el te, hablaron animadamente. David se sorprendía de encontrar a su madre y a Astrid tan identificadas. Ignoraba que desde hacía dos años se habían escrito, y que en su sobrina había puesto la señora Lawson la esperanza de continuar la heredad. Quería casarla con David.

—David va a ingresar en el F. B. I., y yo te necesito. En Bruswich, tu padre tiene a su mujer y a otros hijos.

El padre de Astrid había vuelto a casarse, y tenía tres hijos de este nuevo matrimonio.

—Mi padre está encantado de saberme contigo. Y ella, también. Ella

era la madrastra.

—David se ahoga aquí. No sé por qué. No hay nada en el mundo tan hermoso como esta tierra.

Astrid, al decir esto, salió al porche.

El sol, color cobre, que declinaba, alumbraba de través los simétricos manzanos, el bosque de hayas y las verdes praderas.

David la cogió de la mano y bajaron al camino.

Después, por senderos entre los árboles, llegaron al río. La música del agua aumentaba su sonido al apagarse los ruidos del día. Frente a ellos, un remanso con el lecho de menudas piedras blancas era una tentación. Astrid y David se miraron, sonriendo.

—¿Te acuerdas? —Astrid preguntaba. Continuó: Aquí nadabais Kate, Nils y tú. A mí no me hacíais caso. Tú, sí. Algunas veces.

—Eras una ranita.

—Gracias por estar aquí. Por acompañar a mi madre.

—No tiene importancia, David. Estoy en la tierra de los Lawson. En mi tierra.

Cuando volvieron, la luna brillaba sobre la heredad.

EN el elegante Sutton Place tenía Kate un apartamento. David y Nils, al llegar a Nueva York, fueron a visitarla. Era de noche, y tenía invitados a cenar.

—Si somos inoportunos, nos vamos —dijo David.

Kate guardó silencio.

—¿Inoportunos en casa de Kate? —preguntó Nils—. ¡Qué cosas tienes! —añadió—: Estás maravillosa.

Lo estaba vestida de noche, con un traje blanco que dejaba al aire la espalda y los hermosos hombros, que adornaba con brillantes y zafiros.

—¡Vaya! Te marchan bien las cosas, Kate —continuó Nils—. Tienes una casa estupenda. Que me maten si eso no es un Matisse —y al decir esto, miraba a un cuadro que, iluminado indirectamente, adornaba un salón inmediato.

—Sí, lo es. Pero, entrad. Vais a conocer a mis invitados.

Pasaron. La amplia cristalera del fondo que daba a la terraza, estaba abierta. Y allí, al aire libre, bajo las estrellas y entre las flores, brillaban suavemente el cristal y la plata de la mesa. Se veían las aguas rielar bajo los puentes del río del Este. Y el viento del mar traía las llamadas de los barcos.

Kate les estaba presentando y había presentado a sus invitados.

Eran éstos, aparte de Ladislao Trausa y Pierre Armont, otros dos hombres y una mujer.

La mujer se llamaba Enriqueta Bagliatti, italiana de origen. Y, según dijo Kate, maniqué también. Y en cuanto a los dos hombres, uno se llamaba míster Croyce y el otro Jack Monty.

Kate llenó en el bar dos vasos y le ofreció uno a Nils y otro a David. Tocó un pequeño gong de plata y apareció una doncella negra.

—Susana: dos cubiertos más en la mesa.

Ladislao Trausa, míster Croyce y Jack Monty estaban retrepados en cómodos sillones, bebiendo. Míster Croyce tenía una agradable y honrada cara de americano. Kate había dicho que era de Nebraska. Vestía, como todos los hombres de aquella región, de etiqueta. Tendría cuarenta años y sobre la frente noble se le alisaba el pelo plateado.

Jack Monty era vulgar y repelente. El bien cortado «*smoking*» no disimulaba su baja extracción. Reía a carcajadas, escandalosamente, enseñando el oro de la boca. Estaba descontento de sus cuidadas manos, pues las ocultaba bajo la mesa. Eran enormes y deformadas. «Con los golpes del boxeo», pensó David. Seguramente había sido boxeador. Ahora parecía ser el lacayo de Ladislao Trausa. Tal era la sumisión perruna, el acatamiento servil de su mirada y su sonrisa a todo cuanto decía Trausa.

Estaban lejos de David, y no oía su conversación. Debía ser asunto de negocios. Ladislao Trausa era el que hablaba, Jack Monty aprobaba con grandes gestos y mister Croyce no tenía ojos más que para Kate. Se le veía lejos de los dos hombres, que, junto a él, intentaban convencerle.

Enriquetta Bagliatti estaba junto al tocadiscos, escogiendo uno. Levantó la cabeza y preguntó a David:

David se levantó y se acercó a ella.

—Cualquiera. Realmente, no entiendo mucho.

—No parece hermano de Kate. Ella es una gran aficionada. Y tiene una buena colección. Pondremos esta «Apassionatta». La toca Rubinstein.

Colocó el disco y se volvió a David. Se apartó con la mano izquierda, con gesto elegante, la gran falda, y con la derecha se colgó del brazo del muchacho.

—Vamos a la terraza. Hace calor aquí, ¿no?

—Sí..., me parece.

Se asomaron a la balaustrada; era el piso veinte. El mar parecía estar cerca y el viento traía su rumor. A sus pies, infinitas luces de todos los colores guiñaban a la noche de Nueva York. Los ruidos de la ciudad llegaban apagados hasta aquella altura. La mujer se arrimó a David, y éste la miró atentamente.

Enriquetta le producía una ambigua sensación que no podía definir. Era hermosa, sin duda; pero el gesto de crueldad de la boca bien pintada y la mirada cínica de sus ojos, algo redondos, como los de un pájaro, le repelía. También la curva casi imperceptible de su nariz le recordaba un ave de rapiña.

Alguien había parado en el salón el tocadiscos. La voz de Jack Monty, gritaba:

—Pero ¿esto es el Carnegie Hall? Yo quiero música de verdad.

—No seas animal —protestó Pierre.

Sin embargo, triunfó el criterio de Jack, y unos instantes después una rumba atronaba la casa.

Susana atravesó la terraza con una fuente de perdices, dejando tras ella un incitante olor.

—¡Perdices a la duquesa! —exclamó Enriqueta.

David sonrió y esperó. La verdad es que ya tenía ganas de comer.

Kate se acercó a la mesa, escoltada por Mister Croyce y Ladislao Trausa; detrás, Nils y Pierre, y, finalmente, Jack Monty.

Enriqueta y David también se aproximaron discretamente.

Kate, sin ceremonias, anunció:

—A comer, amigos. Podemos sentarnos.

Ella dio ejemplo, sentándose a la cabecera. A su derecha puso a mister Croyce, y a su izquierda, a Ladislao Trausa. Junto a mister Croyce, Enriqueta y David. Frente a Kate se sentó Pierre, y a su derecha tenía a

Nils. Entre éste y Trausa se sentó Jack Monty.

Susana sirvió vino y se retiró. Míster Croyce, Ladislao y Jack estaban ebrios. Claramente se veía que habían abusado de los combinados. Sin embargo, míster Croyce, a pesar de su estado, se esforzaba en aparecer correcto, y atendía a Kate con extremada solicitud. Ladislao y Monty estaban repugnantes. Una sonrisa descarada les crispaba las bocas, y los ojos, congestionados, posaban su mirada cínica en Nils y David. Se habló de la caza de la perdiz. A míster Croyce no le gustaba; prefería la de las aves de rapiña.

—Tengo en Las Rocosas una choza. El águila de allí es magnífica, y muy emocionante darle caza.

Enriqueta se interesó por la captura de las águilas, y míster Croyce, galantemente, lo fue explicando sus escenas. Mientras escuchaba, de una manera inconsciente, se arreglaba el pelo, de un rubio gris, con sus grandes y blancas manos, donde las uñas pintadas se curvaban.

Ladislao Trausa, con una voz alta, de tono agresivo, preguntó a Kate:

—¿Por qué no advertiste a tus invitados que debían venir vestidos para una cena?

Kate, muy inquieta, contestó:

—Se presentaron de improviso. ¡No los esperaba!

—¡Ah! Se invitaron ellos mismos —continuó Trausa—. ¡Deliciosas costumbres de la aldea!

David y Nils quedaron confusos. Y David iba a contestar como se merecía, cuando una suplicante mirada de Kate le contuvo.

—Sí, señor. Tiene usted razón. Desentonamos aquí. Pude comprobarlo desde que entré. Vámonos, Nils.

—Por Dios, no tiene importancia ese detalle. Ladislao no sabe lo que dice.

Enriqueta, al decir esto, obligaba a David a volver a su asiento.

Al otro lado de la mesa, el suave Pierre Armont le decía a Nils:

—Siento no acompañarles a visitar Nueva York. Mañana salimos, en el avión de las diez, a Palm Beach. Kate y Enriquetta van a presentar modelos. Mis modelos —añadió, orgulloso—. Son de ensueño.

Nils se entristeció con la noticia. Kate, comprendiéndole, le dirigió una alentadora sonrisa, que sorprendió Ladislao Trausa. Miró a Nils con impertinencia, y preguntó:

—¿De modo que éste es el novio romántico del pueblo? Conmovedor, ¿verdad, Jack?

—Emocionante —subrayó el esbirro, y lanzó una de sus estúpidas carcajadas.

David y Nils estaban sobre ascuas. Ni la diplomacia del atildado Pierre Armont, ni la corrección de míster Croyce, ni la discreta actitud de Enriqueta Bagliatti, bastaba a calmarlos.

Lo más extraño era la actitud de Kate. De absoluto sometimiento a Ladislao Trausa. Salvo alguna que otra mirada de súplica, no había intervenido en el incidente.

David continuó sentado, ya sin comer. A pesar de las atenciones de Enriqueta, que procuraba distraerle.

De pronto, se precipitaron los acontecimientos. Ladislao se acercó al oído de Kate, y la dijo algo, que ella no contestó. Trausa la aprisionó la mano izquierda entre la derecha suya. Después, la llevó bajo el mantel. Kate hablaba con míster Croyce, y David pudo ver sus ojos llenos de lágrimas. Cuando unos minutos después, la mano de Kate volvió a la superficie de la mesa, estaba amoratada, con las señales de los dedos de Ladislao Trausa.

David se alzó, se acercó al miserable y, agarrándole por las solapas de raso del «*smoking*», antes de que nadie pudiera evitarlo, le dio una serie de tremendas bofetadas. Casi en el acto, Nils le propinaba un revés a Jack Monty, que había intentado atacar a su amigo.

Enriqueta y Pierre se levantaron, gritando de terror. Y Kate y míster Croyce continuaron sentados.

Después de abofetear a Trausa, David se acercó a su hermana y la alzó violentamente.

—Vente conmigo. Ahora mismo salimos de esta casa.

Kate se desasíó de su mano, y con gesto hosco, le dijo:

—Suéltame. No te metas donde no te importa.

Ladislao Trausa, aprovechando que David estaba de espaldas, le dio un tremendo golpe en la nuca, que hubiera derribado a cualquier otro menos fuerte.

Jack había respondido al golpe de Nils con un bestial cabezazo en el abdomen, y, enlazados, rodaban por el suelo, derribándolo todo.

David se volvió, y de un directo a la mandíbula de Trausa le dejó sin sentido. Acudió en auxilio de Nils, y lo separó de Monty.

Kate les gritaba airadamente:

—¡Fuera de aquí! No quiero volver a veros.

Susana los llevó hasta la escalera metálica de incendios. Ya allí, les dijo, gimoteando:

—¡Ay, míster Lawson! Saque a su hermana de esta cueva de ladrones. La señorita Kate corre a su perdición.

Los dos amigos descendieron velozmente, y unos minutos después estaban en la calle.

AVANZARON nerviosos, sin cambiar palabra, unos pasos. De pronto, Nils se detuvo.

—¿Qué te pasa? —preguntó David.

—Vuelvo por Kate. No podemos dejarla entre esa gente.

—Ella se lo ha buscado. Está a gusto con ellos. Además, ya lo viste cómo gritó: «Fuera de aquí. No quiero volveros a ver».

David pensaba, al decir esto, en la expresión colérica que animaba a Kate al pronunciar aquellas palabras. No, no volverían inmediatamente. Conocía a Kate y quería darla tiempo para reflexionar. Irían al día siguiente por la mañana.

—Es mejor que vayamos mañana, A primera hora, Nils.

Sacó la pipa, la llenó de tabaco, y la encendió lentamente. Fumó con ansia.

—Eché de menos en esa maldita reunión mi pipa. No me atreví a encenderla por Kate; no le gusta que fume en la cachimba.

—Pero ¿quiénes son esa gente? —preguntó Nils.

—Trausa es el dueño de la casa de modas donde trabajan Kate y Enriqueta de modelos. Pierre es el director, y Jack una especie de secretario.

—¿Y míster Croyce? —continuó Nils.

—Tiene negocios con Ladislao Trausa. Eso es evidente. Y parece que le gusta Kate.

Los dos amigos se alejaron a grandes pasos de la casa. En la esquina próxima montaron en un autobús que les llevó a Broadway, cerca de su hotel. Estaba situado en una calle llena de letreros luminosos, de músicas y gritos.

Tenían una habitación con dos camas. Después de ducharse y acostarse, David apagó la luz; quería quitar importancia ante Nils, a los sucesos de aquella noche. En la penumbra, que rompían a intervalos los luminosos. David pensaba en Kate, en su madre y en Astrid. Enriqueta Bagliatti también ocupaba su pensamiento, produciéndole el recuerdo de esta mujer una oscura sensación de desagrado.

—Mañana por la noche salimos para Quántico —dijo Nils.

—Como quieras.

—Pierre Armont —continuó Nils— me dijo que ellos se marchan a Florida. Kate y Enriqueta van a exhibir trajes.

—Mañana hablaré con ella —dijo David.

—Sí, tenemos que hablarla, hacerla comprender que no está entre buena gente.

—Ella parece contenta entre ellos. Quizá nos equivoquemos, quizá sean

buenas personas después de todo. Algo bruscos.

David no pensaba esto al hablar así. Pero no quería inquietar a Nils. Y recordaba su expresión en el porche de la heredad; sus ojos de animalito perseguido. La conversación de su hermana y su madre en la cocina. También le hermética y dolorosa actitud de su madre le hacía deducir que ella sabía algo. La voz de Nils le sacó de sus cavilaciones:

—Kate tiene que volver a la heredad.

David no replicó. Sí, haría volver a su hermana a aquella tierra de los Lawson, junto a su madre. Y junto a Astrid. La visión luminosa de Astrid se le apareció bajo los manzanos. La vio quitarse del pelo algunas hierbas, recoger en el delantal manzanas, brillantes los dientes al sol en sana risa...

Despertó sobresaltado. La habitación estaba llena de sol, y del cuarto de baño le llegaba el ruido de la ducha. Nils le gritaba desde allí:

—Arriba, David. Son las nueve.

Saltó David de la cama y se dispuso a afeitarse. Mientras Nils le apresuraba con sus voces.

Los dos hombres salían unos minutos después del hotel; David, con su pipa humeando. Un taxi los llevó la casa de Kate. Subieron en el ascensor hasta el piso y llamaron en su apartamento; no contestó nadie. David volvió a insistir, sin resultado alguno, y durante unos minutos el timbre sonó inútilmente.

El portero les dijo que la señorita Kate había salido para Florida en el avión de las nueve de la mañana.

—¿No ha dejado nada para nosotros? —preguntó Nils.

—No; nada.

Cariacontecidos, volvieron a la calle. Hacía calor, y a Nils le pareció que Nueva York era una ciudad muerta. Las moles enormes de sus edificios parecían querer aplastarle. Se sentía muy desgraciado. En la ribera del río del Este se sentaron a almorzar en un bar. El camarero les trajo un vaso de jugo de frutas, huevos pasados por agua y café.

—Nos escribiré a Quántico; ya verás —le animó David.

—No. La perdí para siempre.

—Creo que le hemos dado excesiva importancia a todo esto. Kate es la misma, y te quiere, Nils. Cuando seas agente especial del F. B. I. os ponéis de acuerdo y os casáis.

David quería animar a Nils con estas palabras, pero era inútil; el muchacho seguía con la mirada a una gabarra que bajaba por el río, y contestó, lejano:

—Sí. Me parece que le hemos dado una gran importancia. Realmente, ella estaba en su casa, con sus amigos, y nosotros no hemos sido correctos.

—Salimos esta noche, y nos queda poco tiempo para ver Nueva York —le sugirió David.

—Contaba haber visto cosas con Kate. Sin ella, no me interesa nada.

—Hay buenos cuadros, según dicen.

—Es igual. Además, hace tanto calor...

—Voy a escribir a Astrid y a mi madre —le dijo a Nils.

Escribió rápidamente, y les dijo que habían estado con Kate. Que las recordaba mucho...

Después de pagar, en un buzón próximo depositaron la carta. Y con largos pasos de atletas se acercaron a los muelles.

Grupos de chiquillos desnudos se bañaban alrededor de los barcos, lanzándose al agua desde los altos malecones, nadando como peces. De los almacenes salía un espeso olor a frutas tropicales, especias descompuestas o fermentadas por el calor. El ruido de las grúas, los gritos de los muchachos, las discusiones de los estibadores, distraían a Nils de sus pensamientos. A David le gustaban los puertos. Y a su amigo también. Durante unas horas curiosearon por los «docks».

Conocían el cafetín de un griego, famoso por su vino y por sus ostras. Estaba cerca de allí. En el escaparate, sobre hielo picado, las ostras se ofrecían abiertas de una manera tentadora. Los dos hombres se sentaron al lado de una ventana y pidieron de comer a una joven de grandes ojos negros que se acercó sonriente.

En el exterior, a unos metros de distancia, en una dársena, se balanceaba un yate de líneas elegantes, pintado de blanco. Se disponía a zarpar, a juzgar por el trajín que había en las cubiertas y por el humo de la chimenea. En la popa se destacaba el nombre: ARGUS.

David y Nils estaban pendientes, mientras comían, de las maniobras del barco. De pronto, en la puerta del muelle apareció el «Cadillac» de Ladislao Trausa. Hubiera pasado de largo ante nuestros hombres, pero una serie de vagones de mercancías en marcha hizo que frenara casi junto a la ventana. La sorpresa los hizo ponerse en pie. Entre Jack, que conducía, y Trausa, iba Kate, y en el asiento trasero, Enriqueta Bagliatti y Pierre Armont.

Kate los vio, y miró a otro lado levemente turbada. Ladislao, Pierre y Enriqueta saludaron con una inclinación de cabeza, a la que no correspondieron. Jack fingió no haberlos reconocido.

Antes de que reaccionaran, el coche arrancó y se acercó a la pasarela del yate, por la que subieron todos, mientras dos marineros trasladaban el equipaje. Inmediatamente, el capitán dio la orden de levar anclas. Desde su observatorio, David y Nils seguían los preparativos para la salida. Podían ver perfectamente a Kate y a Enriqueta, de pie bajo la toldilla de popa, vestidas con elegantes trajes blancos. La chimenea lanzó dos veces su sirena de despedida, y enfiló lentamente, entre las hileras de boyas pintadas de rojo y negro que marcaban la salida del puerto al mar abierto.

Un hombre, subalterno de Trausa seguramente, pensó David, montó en el «Cadillac» y desapareció en la ciudad.

Nils, totalmente aplanado, le dijo a David:

—Nos mintió. No se había marchado en el avión. No quiso vernos.

—Así parece.

David y Nils pagaron y salieron. Por el filo del malecón siguieron al yate, que iba abriendo con sus hélices en el agua azul un blanco camino de espumas. Unos marineros servían en la toldilla refrescos a Kate y a Enriqueta, entre los que gesticulaba Pierre Armont. Trausa y Jack estaban en el puente con el capitán.

Siguieron avanzando hasta que el mar les cortó el paso. Quedaron allí, inmóviles, viendo cómo el «Argus» desaparecía en el horizonte.

DAVID y Nils, desde su asiento, veían desaparecer en un rojo crepúsculo los rascacielos de Nueva York. Los altos edificios disminuían sensiblemente, y aún tuvieron tiempo, antes de que una curva les ocultara la ciudad, de ver encenderse repentinamente sus millones de luces.

En Washington, en una de las salas del Departamento de Justicia, el magnífico edificio que se levantaba en la Avenida de la Constitución, se examinaron. Los dos muchachos tenían certificado de estudios y contabilidad, y este título era suficiente para el ingreso en la Academia del Federal Bureau of Investigation, como aspirantes a agente especial.

Eran cien hombres jóvenes, entre veintisiete y treinta y tres años, los que sufrieron durante unas horas un riguroso y difícil examen. David y Nils aprobaron, y con la orden de presentación en la Academia en el bolsillo se dirigieron en tren a Quántico.

David conocía la rica tierra de Virginia. Había estado en la Academia de Infantería de Marina haciendo un curso de artillería durante la guerra, y sabía que, a unos metros de ella, se alzaba la del F. B. I. El paisaje de campos de algodón, maizales y bosques que a orillas del río Potomac se extendía, y que iban descubriendo desde la ventanilla, le era familiar. Nils no cesaba de admirar el extenso y variado panorama y la luz dorada que caía sobre él. David fumaba su pipa; pensaba en Astrid, en su madre y en Kate.

Desde la estación, un coche los llevó a la Academia. Pasaron al interior, tras exhibir la orden de ingreso, y un señor de continente afable, encargado de atender a los opositores, les dio la bienvenida.

Tres meses habían de pasar en la Academia. Durante este tiempo tenían que conocer a fondo todo lo que hace del agente especial del F. B. I. el mejor policía del mundo. Les esperaban ejercicios de tiro al blanco, *jiu-jitsu*, claves, venenos, estupefacientes, entrenamientos en los más variados deportes, mecánica y disfraces.

Les adjudicaron una habitación con dos camas. Era sencilla, limpia, y con un gran ventanal. David, observando la tristeza en el semblante de Nils, le animó:

—Vamos, hombre; alegra esa cara. Ya estamos en Quántico.

—Tú sabes cómo quiero a Kate. No me interesa ninguna mujer más que ella. La he perdido, David. La he perdido para siempre.

—Kate volverá a ser lo que era; una mujer sencilla. Cuando salgamos de aquí la convenceremos. Ya verás.

No pensaba casi al decir esto. Quería tranquilizar a su amigo, pero una oscura sensación de peligro, de cosa turbia, le oprimía dolorosamente.

—Voy a la biblioteca. Quiero escribir a mi madre —decidió Nils.

—Muy bien.

David empezó a sacar las cosas de las maletas. Las fue repartiendo por el armario mientras reflexionaba. Cargó despacio la pipa y se acercó, fumando, al ventanal. Llegaba la noche y empezaron a brillar algunas luces. Frente a él, se iluminó la Base de Instrucción de Infantería de Marina. Su pensamiento voló sobre los campos sobre los ríos, hasta una casa de piedra entre manzanos, en New Jersey: la casa de los Lawson. A esta hora, su madre y Astrid ordeñaban las vacas. ¿Y Kate? David se estremeció al pensar en ello. No le gustaba saberla junto a Enriqueta Bagliatti. Le pareció ver por un momento, en la penumbra del cuarto, la falsa y blanca sonrisa de la italiana.

* * *

Quince días llevaban en la Academia, totalmente entregados a la intensidad de las prácticas, cuando una noche que leían en la biblioteca, Nils le tendió a David un periódico sobre la mesa. David pudo leer en grandes titulares, bajo una fotografía de mister Croyce, lo siguiente:

«Mister John Morton Croyce, destacado hombre de ciencias en Nebraska, ha aparecido muerto flotando en las aguas del Coney Island».

Seguía a continuación una serie de detalles sobre el asunto. El cadáver aparecía descompuesto; los forenses calculaban que llevaba en el mar dieciséis o diecisiete días. La autopsia había revelado restos de arsénico en el vientre. Había sido envenenado y arrojado al mar. David alzó la mirada y la fijó en Nils, que, alterado, salió al pasillo, donde le alcanzó su amigo. Ya en la puerta del dormitorio, Nils casi gritó:

—¿Te das cuenta, David? Dieciséis o diecisiete días hace que vimos a este hombre en casa de Kate. Quizá fue en aquella casa donde le mataron.

—¡Calla! —le ordenó David, mientras cerraba la puerta de su habitación tras ellos.

Tenía necesidad de poner en orden sus ideas. La posibilidad de mezclar a Kate en este asunto le asustaba. Pensaba en su madre, en los periódicos repitiendo su nombre: «Lawson, Lawson, Lawson...»

Los dos hombres se sentaron en las camas. Y durante mucho tiempo hicieron deducciones y conjeturas sobre el asesinato. Por temor a la vigilancia dejaron de hablar, y, con los ojos abiertos, sintieron pasar las horas de la noche.

Al día siguiente, tras los ejercicios de tiro al blanco, Nils le dijo:

—El periódico trae hoy noticias.

En la biblioteca había muchos alumnos, y tardaron en hacerse con un ejemplar. Efectivamente, traía nuevos detalles; pero ni el nombre de Kate ni el de sus secuaces eran relacionados con el crimen.

En el mismo periódico, en la sección «Notas de Sociedad», aparecían

unas instantáneas de Pierre Armont entre Kate y Enriquetta. Los tres sonreían felices sobre el fondo de palmeras de Florida. El modisto y sus bellas modelos eran la sensación de Palm Beach. Nils contempló largamente el rostro radiante de Kate.

—¡Qué hermosa! ¿Verdad?

—Sí. Para su mal —respondió David agriamente.

Aprovecharon el rato de asueto y salieron al patio para poder hablar libremente. Pasearon lentamente de un extremo a otro, fumando y procurando pensar serenamente. No se les ocultaba la gravedad del asunto. Si la Policía Metropolitana descubría que la noche del crimen, o la noche antes, míster Croyce estuvo en el piso de Kate, no lo iban a pasar bien ni ella ni sus amigos. Realmente, la suerte que pudieran correr aquellos amigos no les interesaba mucho a David ni a Nils. Querían evitar a toda costa que Kate se viera envuelta en el escándalo.

* * *

Pasaron los meses, y se acercó el día del fin de curso. La muerte de míster Croyce continuaba siendo un misterio impenetrable, y la Metropolitana había abandonado el asunto para atender a otros más recientes. De la heredad les llegaron noticias: Astrid y la madre estaban contentas con la cosecha de heno, la venta de las manzanas y unos terneros magníficos. La madre se quejaba de la falta de noticias de Kate. David y Nils sabían, por los periódicos, que estaba ya de vuelta en Nueva York. La habían visto fotografiada en la primera fiesta del Astoria.

Cuando los dos amigos se acercaron a recoger el título que los acreditaba como agentes especiales del F. B. I., una salva de aplausos los escoltó hasta la mesa del director. Habían conseguido hacerse durante el curso las figuras más populares de la Academia. Su seriedad, carácter estudioso, obediencia y disciplina, y el dominio indiscutible de todos los deportes, les hacían acreedores a aquel entusiasmo claramente manifestado por aquellos muchachos. La aventajada estatura de los dos nuevos miembros del F. B. I. destacaba sobre sus compañeros de promoción cuando, de pie, en respetuosa actitud, escucharon las palabras del director:

—... Quien infringe la Ley, tarde o temprano es obligado a responder de su delito.

Hasta el último momento no supieron que habían sido destinados a Nueva York. Al salir de la Academia, en las puertas, cogieron un taxi, que los llevó a la estación. Horas después estaban en la heredad. Astrid, avisada por un telegrama, había ido a esperarlos con la «Ford», más asmática y pesada que nunca la vieja camioneta. No sabían cuántas veces pudo pararse hasta llegar a casa. Entre risas y gritos la fueron animando. Unas veces bastaba un golpe le manivela, y otras un buen puntapié. En fin,

ya estaban allí, bajo la lámpara. Todos alrededor de la mesa: David, Nils, las madres de ambos y Astrid.

La madre de David servía los platos. De repente, fijando su enérgica mirada en los dos hombres, les dijo con calma:

—Me alegra en el alma saberlos en Nueva York. Tenéis que ayudar a Kate, La queréis, y ella os necesita.

David la miró, intentando penetrar el sentido de aquellas frases: «... y ella os necesita». ¿Qué sabía su madre? ¿Por qué quiso que él fuera agente del F. B. I. después del viaje de Kate a la heredad? ¿Por qué aquel gesto obstinado de dolor que la había envejecido tanto?

La madre le sostuvo la mirada, brillante la suya de lágrimas; pero mantuvo su gesto impenetrable. El nombre de Kate, pronunciado en aquella cena, los entristeció. Las mujeres recogieron la mesa.

—La ayudaré a secar los platos, señora Lawson —dijo la madre de Nils.

Astrid cargó la pipa de David y se la tendió, sonriendo suavemente. David, encendiéndola, aspiró el humo. Después atrajo a su prima hacia él y la reclinó sobre su pecho. En silencio acarició largamente el pelo de reflejos de fuego.

Nils se levantó y se acercó a la ventana. Miró un buen rato los caminos luz que la lluvia trazada sobre los cristales, y finalmente apoyó su frente, agobiada de presentimientos, sobre la fría superficie.

Afuera, la lluvia iba convirtiendo los caminos en ríos, borrando los contornos de las cosas. Tenaz y musical, parecía querer deshacer la casa de los Lawson.

SE instalaron en Broadway. En un pensión que pertenecía a una antigua cantante de ópera italiana, que respondía al nombre de Silvana. La casa estaba llena de recuerdos gloriosos: abanicos, nácares, retratos, pañuelos, flores secas y un enorme piano, donde la gran Silvana aún cantaba, desgraciadamente. Aparte de sus canciones, era una buena mujer, y se vivía a gusto entre aquellas paredes. Siempre tenía para sus huéspedes un recuerdo de su añorada Italia: un queso palmesano, una botella de Chianti, o unas aceitunas napolitanas. Estaba desesperada con su línea perdida bajo cien kilos de peso. La habitación que ocupaban nuestros amigos tenía dos camas y hacía esquina a la gran arteria de Broadway y a una calleja. Durante el día aquello estaba relativamente tranquilo; pero al llegar la noche, el escenario cambiaba.

Inmensos letreros luminosos, con todos los colores del iris, cubrían las fachadas para anunciar las cosas más variadas: pastillas para la dispepsia, tacones de goma, máquinas de afeitar, nombres de comercios, cines, teatros y variedades. Una multitud presurosa entraba y salía en los lugares de diversión. Rostros verdes, rojos, azules, amarillos..., según el color que los iluminara. Vendedores ambulantes, chinos o judíos, se movían como pez en el agua entre aquella masa humana.

Los dos amigos habían llegado aquella noche a la gran ciudad, y después de cenar se fueron a su habitación. Y allí, acodados en el alféizar de la ventana, contemplaban la calle, de donde subían gritos y música, timbres y motores, en una mezcla especial, que hacía pensar en el resuello de un enorme animal. Estaban a oscuras; los luminosos los deslumbraban alternativamente. En la acera opuesta, un hombre vestido con un ostentoso uniforme, que recordaba al de un general de opereta, se paseaba ante una puerta brillante de luces. Un naipe enorme, de color azul, se encendía y apagaba constantemente. Unas elegantes letras luminosas decían: «El Naipe Azul».

Sin saber por qué, David y Nils se sentían atraídos hacía rato por aquel letrero. Ya iban a retirarse de la ventana, cuando una mujer, vestida suntuosamente, salió del interior. Los dos hombres exclamaron al mismo tiempo:

—¡Enriqueta!

Era ella, en efecto. La seguía inmediatamente un caballero completamente desconocido para ellos. En la acera se levantó, con un gesto friolento, el cuello del abrigo de visón y se colgó del brazo de su acompañante. Unos minutos después habían desaparecido entre la gente.

Una fina lluvia de otoño caía sobre los presurosos transeúntes, charolando los coches y el asfalto. David cerró la ventana y se volvió a

Nils:

—Mañana, después del servicio, iremos a ese Naípe Azul.

Los dos agentes especiales habían cobrado su primera paga y tenían dólares frescos en la cartera. Nils, contestó:

—Estoy impaciente por estrenar mí «*smoking*».

—Eres un presumido —añadió David, tirándole una almohada, que Nils esquivó.

* * *

Vestidos de etiqueta, bajaron a El Naípe Azul, a la noche siguiente. Sus figuras atléticas, enfundadas en un «*smoking*» bien cortado, no pasaban inadvertidas entre el público del club. Era, en su mayoría, gente del hampa dorada de Nueva York. Los últimos modelos de París y las costosas joyas no conseguían ocultar el bajo origen de muchos de aquellos asistentes. El salón estaba decorado por naipes azules de todos los tamaños. Pesadas cortinas de damasco ocultaban la salida. En un rincón, una orquesta de color electrizaba el ambiente con su estridencia. La pista era de cristal negro, iluminado de manera especial. Alrededor de ella se extendían unas cuantas mesas con discretas lámparas sobre ellas. Los dos agentes especiales se acercaron al bar. A pesar de ser temprano, la barra estaba totalmente llena. Pidieron sendos «Martinis». El Naípe Azul estaba casi a oscuras. Un potente reflector seguía a una pareja de bailarines profesionales que ejecutaban en la pista uno de sus bailes. Al terminar su actuación, se encendieron las luces, entre aplausos, mientras los dos artistas se retiraban saludando. Los dos muchachos buscaron a la Bagliatti entre el público que se levantaba dispuesto a bailar, pero no la vieron.

Una mujer rubia, de marchito aspecto, agobiada bajo el peso de joyas ostentosas, les sonrió insinuante desde el extremo del bar.

David estaba tranquilo. La «Luger», que sentía colgada en la sobaquera, le daba una sensación de seguridad increíble. El, como Nils, llevaba la chapa de agente especial del F. B. I., por lo que pudiera ocurrir.

Un hombre se acercó a saludar a la mujer. Los dos amigos se miraron, asombrados: era Jack Monty. Parecía borracho; el brutal rostro estaba congestionado por el exceso de alcohol. Le dio a la mujer un golpe confianzudo sobre los hombros, que llevaba al aire. Ella sonrió conejunamente, y los labios la temblaron perceptiblemente.

—Hola, Marión. ¿Bailamos?

—No. Estoy cansada.

—Pero yo, no —la apresó por el brazo y la llevó a la pista.

Ya en el centro, se ciñó a ella, y bailaron de una manera grosera. Jack presumía de bailarín. Hacía filigranas mientras bailaba, pasos complicados de «bugui», posturas más o menos estéticas... Una sonrisa malvada le

cruzaba la cara. Su pareja tenía una clara expresión de miedo. En uno de los giros del baile cogió de la mano a su acompañante, y con un bestial impulso la arrojó sobre una mesa próxima. Sonó un grito de la mujer y el ruido de la vajilla al romperse. Todos cesaron de bailar. La mujer sonreía cobardemente, queriendo quitarle importancia a lo sucedido. Sin embargo, había sido un golpe terrible, pues al ponerse en pie, hizo un gesto de dolor y se desvaneció.

—Le ha roto las costillas —le dijo David a Nils.

Se acercó a Jack, que sonreía, solo, en el centro de la pista, y le tocó en el hombro. El rufián se volvió con la rapidez del rayo, y al ver a David, en el que no había reparado, un odio mortal le ensangrentó los ojos. Antes de que el agente especial hablara, le lanzó un directo formidable a la mandíbula. David acusó el golpe, y retrocedió, tambaleándose. Por un instante creyó que iba a desvanecerse: las luces, los rostros asustados de los clientes y el gesto de Jack Monty empezaron a girar en su cerebro. Se rehízo a punto de asir con ambas manos la pierna de Jack Monty, que se disponía a golpearle. En un esfuerzo sobrehumano hizo girar a Jack hasta hacerle caer de bruces sobre el suelo de cristal. Esperó, en guardia, a que se alzara, lo que hizo rápidamente, sangrando por la nariz y lanzándose como una catapulta sobre David. Rápidamente, el agente especial se apartó a un lado, y el «gangster» fue a dar con su voluminosa humanidad sobre un grupo de sillas. Un coro de carcajadas se alzó al verle caer. Ciego de rabia, agobiado por el ridículo, volvió nuevamente al ataque. David, prevenido, lo recibió con un golpe, que arrancó un trozo de piel en la sien del guardaespaldas. Jack Monty le contestó martillándole la cabeza. Otro menos fuerte que Lawson hubiera sucumbido. Resistió como pudo y le asestó en el bajo vientre una serie de golpes que le dejaron fuera de combate.

Nils, que se había mantenido aparte, atendiendo a la mujer herida, intervino para calmar los ánimos. Unos camareros se llevaron a Jack Monty del salón, y la chica del guardarropa acompañó en un taxi a la mujer rubia.

David se arregló los desperfectos del traje, y al alzar la cabeza, vio a Enriqueta Bagliatti que le sonreía irónicamente. Debía haber presenciado la pelea desde el principio, pues se acercó suavemente y le arregló el nudo de la corbata. Le dijo, mirándole a los ojos:

—Siempre un magnífico caballero.

David siguió mirándola, sin contestar. Enriqueta, continuó:

—Usted no quiere ser amigo mío. Y, sin embargo, yo le aprecio mucho. Me alegra saber que Jack se ha llevado lo suyo. Lo estaba necesitando.

Detrás de Enriqueta, el caballero desconocido que la noche anterior habían visto escoltándola, sonreía benévolamente.

A David le fue simpático el desconocido, pues en sus pupilas grises

brillaba una gran inteligencia.

Enriqueta se volvió a Nils, y le dijo:

—Tengo noticias de Kate para usted. No se moleste en llamarla por teléfono, porque ha cambiado de apartamento.

Nils se puso rojo. En efecto, había llamado muchas veces, sin obtener respuesta, al piso de Kate.

—Le presento, mister Taimbech, a David Lawson y a Nils Armstrong, dos bravos agentes del F. B. I. —añadió, irónicamente.

Los hombres se estrecharon las manos, mientras Enriqueta hacía una seña al «maitre».

—Maurice: ¿y nuestra mesa?

—Por aquí, haga el favor, señorita Bagliatti —contestó el tal Maurice, precediéndoles hasta una mesa bien situada.

—Bueno se va a poner Ladislao Trausa al no encontrar aquí a su lacayo —dijo Enriqueta, mientras se sentaba y se despojaba del abrigo. A un gesto de David, explicó—: Esta noche lo estamos esperando. Viene con Kate y Pierre, y ha de concertar con mister Taimbech algunos negocios.

En efecto, la pesada cortina de la entrada se alzaba para dar paso a Kate, que, escoltada por Ladislao y Pierre, se detuvo, indecisa, buscando a Enriqueta con la mirada. David y Nils iniciaron la retirada, cuando un gesto de la Bagliatti les detuvo:

—Aprovechemos la ocasión para olvidar viejas cosas.

Kate ya los había visto y se acercaba a ellos. A Nils le pareció una visión fuera de este mundo. Llevaba colgado al brazo un abrigo de cibelinas, y un traje negro, en forma de túnica que le ceñía el admirable cuerpo. Largos guantes del mismo color le cubrían casi los brazos, y sobre ellos brillaban los diamantes de las pulseras. Se turbó al ver a su hermano y a Nils, y volvió la cabeza a sus acompañantes. Al verlos sonreír cortésmente, se animaron sus grandes ojos azules, y sonrió ella también, especialmente a Nils.

—¡Qué alegría veros, queridos! —les dijo, mientras los saludaba—. Estáis elegantísimos. No hay hombres más arrogantes que vosotros en El Naipe Azul.

—Desde luego —corearon Enriqueta Bagliatti y Pierre Armont.

David disimuló perfectamente su emoción y saludó fríamente a Kate y a los dos hombres.

—Maurice: «cock-tails» de champaña y caviar —pidió Ladislao Trausa—. Esto es un acontecimiento.

La orquesta tocaba una samba brasileña llena de sugerencias. Kate miró los ojos brillantes de Nils, y le pidió:

—¿Quieres bailar?

Sin decir palabra, Nils la enlazó por el talle y la condujo al centro de la pista. Los ocupantes de la mesa la siguieron con la mirada.

—Hacen una pareja espléndida —murmuró Enriqueta, al lado de David.

David no contestó. El pensaba lo mismo. Y ensimismado, siguió con la mirada las evoluciones de su hermana y de su amigo. Hubiera querido saber algo de los negocios que Ladislao Trausa y mister Taimbech pudieran tener, y que le inquietaban; pero Enriqueta, obedeciendo algún gesto de Trausa, pensó David, le decía:

—Vamos a bailar.

—Hemos de ser amigos. Tengo debilidad por los hombres como usted.

David la hubiera arrojado violentamente, como antes había hecho Jack Monty con otra mujer, y se avergonzó de este pensamiento. Enriqueta continuaba, insinuosa...

—Tengo un apartamento cerca de aquí, en Morgan Square. Siempre estoy sola a la hora del te. ¿Cuándo irá a tomar una taza?

—Me temo que nunca, señorita Bagliatti.

Enriqueta sonrió, despechada, y le retó:

—Tenía entendido que los cobardes no les admitían en el F. B. I.

—Conmigo han hecho una excepción —dijo David.

—¡Cómo engañan las apariencias! —sonrió aviesamente, y se detuvo.

La orquesta iniciaba otro bailable, y la Bagliatti, cogida del brazo de David, decidió no bailar más.

—Estoy cansada. Me perdona, ¿verdad?

—¡No faltaba más!

Se acercaron a la mesa, en la que sus ocupantes, en pie, recibieron a Enriqueta.

—¿Mucho trabajo, señor agente especial del F. B. I.? —preguntó Trausa.

—David, mirándole a los ojos, contestó despacio:

—Nunca falta.

—¿Interviene el F. B. I. en el caso del desdichado mister Croyce? —preguntó Pierre Armont.

—Sí. La Metropolitana le ha cedido el asunto.

—Era un gran hombre —dijo, con gesto compungido Enriqueta.

David creyó encontrar en las palabras de aquellas tres personas un cargado acento de ironía. Volvió la cabeza, sin añadir palabra, y contempló a Kate y a Nils, que aún seguían bailando como dos estudiantes en vacaciones. Nils parecía feliz; no tenía ojos más que para su amiga, que descansaba indolentemente la rubia cabeza sobre su hombro. Los dos bailaban silenciosos. David pensaba que a Nils le hubiera gustado prolongar aquella danza hasta el fin de los tiempos. Y quizá a Kate la pasara lo mismo.

Enriqueta Bagliatti le estaba hablando:

—Le espero mañana, a las cinco. Tengo necesidad de hablarle. En mi casa, ya sabe. Morgan Square, veintidós.

—Iré —le prometió David.

—Ya me ha contado —decía, desde el extremo de la mesa, Ladislao Trausa— lo que ha hecho usted con Jack. Se lo merece; es un bruto. Por esta noche no gozaremos de su compañía. Le he mandado a casa. No me gustan las caras con esparadrapos y tafetanes.

Durante un rato, Pierre Armont y Enriqueta Bagliatti hablaron de modas. En voz baja, al otro extremo de la mesa, lejos de David. Ladislao Trausa y míster Taimbech sostenían una animada conversación.

Kate y Nils se acercaban, cogidos de la mano. La mirada de ella buscaba humildemente la de Ladislao Trausa; pero éste apenas inició un gesto de disculpa.

—Nos retiramos. Es decir, me retiro —dijo Kate.

—Espera, querida. Te acompaño —dijo Trausa. David la contemplaba, arrebolada por el baile, nerviosa, poniéndose apresuradamente el abrigo que Pierre Armont le tendía.

David y Nils, en pie, presenciaron la desbandada. Kate salió entre Trausa y Armont. Y unos minutos después, míster Taimbech le decía a Enriqueta:

—La dejo en su casa, señorita Bagliatti.

—Muchas gracias. Acepto encantada.

Saludaron a nuestros amigos, y desaparecieron.

Los agentes especiales quedaron frente a frente. David pensaba en aquella huida, y se prometió ir al día siguiente a casa de la Bagliatti. Nils no pensaba nada. Su cerebro lo llenaba un nombre: Kate.

Salieron a la calle, donde el frío de la madrugada ahuyentaba a los transeúntes, y la cruzaron para meterse en casa. En su habitación, David preguntó a Nils:

—¿Te has fijado en míster Taimbech? Habla un inglés de Oxford. ¿Qué relación tendrá con ese bandido de Ladislao Trausa?

—Kate no ha querido contestar a ninguna pregunta. Las ha soslayado todas.

David cerró la puerta por dentro y dejó la «Luger» cargada, al alcance de la mano. No le gustaba nada Jack Monty, y estaba seguro que el exboxeador haría alguna barbaridad.

—Sólo puedo dormir cuatro horas. Tengo servicio a las nueve —se lamentó Nils.

—Yo tengo libre hasta las diez de la noche. Antes iré a tomar una taza de te a casa de Enriqueta Bagliatti.

—No me gusta esa mujer, David. ¿Te acuerdas de aquel buitro que trajeron por la heredad, cuando éramos chiquillos? Pues me recuerda a aquel pájaro.

—No. Es más bien un águila lo que me sugiere.

—Le falta majestad.

En la semioscuridad, David meditó las palabras de Nils. Estaba en lo cierto: le faltaba majestad.

A la tarde siguiente, a la hora del te, David Lawson pulsaba firmemente el timbre de la casa de Enriqueta Bagliatti. Ella misma, vestida con un traje de casa de líneas elegantes, le abrió. El apartamento era pequeño, y el agente especial lo abarcó de una ojeada. Pudo comprobar que estaba decorado con exquisito gusto.

Aunque el sol iluminaba todavía la parte alta de las casas. Enriqueta había corrido las cortinas de las ventanas y encendido, junto a la mesita del te, una lámpara. Un intenso olor a heliotropo —su perfume— y a cigarrillos egipcios llenaba el piso. Enriqueta le ayudó a despojarse del abrigo, y le dijo, alentadora:

—Puede usted fumar su pipa.

—Gracias.

Se sentaron en un amplio y cómodo diván. David llenó su pipa, y la encendió en el mechero de oro que le tendía la mujer, la que, después, prendió un cigarrillo que tenía entre los labios.

Pasaron unos segundos en silencio, observándose mutuamente. Lo rompió la modelo para decir:

—Esto necesita ambiente, ¿no le parece?

David sonrió, sin contestar, y ella se levantó para poner en marcha un tocadiscos. Inmediatamente las notas lánguidas de un «blue» los envolvió.

Sobre la mesita hervía el agua en un samovar de plata. La mujer, preguntó:

—¿Muy cargado?

—Sí. Muy cargado.

—Como a mí: muy cargado.

Preparó dos tazas con hábiles manos, y continuó:

—¿Con leche?

—No, gracias. Lo prefiero con limón.

Mientras bebían, se miraban a hurtadillas. David creía ver en los ojos de la Bagliatti una ironía que empezaba a enervarle.

—Diga la verdad, Lawson. ¿Usted sospecha que en la muerte de míster Croyce hemos intervenido nosotros?, ¿verdad?

—¿Nosotros...?

—Sí. Yo, Trausa, Pierre, Jack y, principalmente, Kate.

—No es asunto mío.

—Míster Croyce era un hombre encantador. ¿Sabía usted que quería casarse con Kate?

David que en aquel momento volcaba el contenido del tabaco quemado de su pipa en el cenicero, alzó la cabeza, sorprendido. Enriqueta, en el mismo tono irónico, continuó:

—La propuso matrimonio a los seis días de conocerla. Por lo visto, había encontrado a la mujer de sus sueños.

—¿Y Kate?

—No se negó rotundamente. Le prometió pensarlo.

—Parecía un buen hombre.

—Era un perfecto «*gentleman*». Adoraba a su hermana. Y Kate le exigió muchas cosas.

—¿Dinero? —preguntó David, temblándole los labios.

—Kate tiene ambición —prosiguió Enriqueta, eludiendo la respuesta—. Para ella era poco un químico de Nebraska. Además, puede que algún día logre pescar a Ladislao.

David se levantó casi ahogándose. Las palabras desenvueltas de la Bagliatti y la atmósfera densa de la habitación le oprimían.

—¿Puedo abrir la ventana? —preguntó.

—¡No faltaba más! —contestó, precipitadamente, la mujer.

David descorrió las cortinas y abrió las puertas de cristales. Entró una ráfaga de aire cargado de lluvia, purificando la atmósfera. En el exterior, nubes bajas, tras las que se perdían algunos rascacielos, devolvían la luz de la ciudad. Enriqueta, envuelta en un chal de lana de vivos colores, se apoyó junto a él en el alféizar. Los dos respiraron a pleno pulmón. David reflexionaba sobre la extraña actitud de Enriqueta. Tenía un no sé que de desafío, de ironía y de sumisión. Enriqueta decía, mientras fumaba:

—No quisiera haberle molestado, David.

—¿Para qué me ha hecho venir a su casa? ¿Qué quería decirme?

—Quería, sobre todo, tenerle aquí. Necesitaba hablar con usted. Me interesa mucho que seamos amigos. Y usted no quiere serlo. Cree que yo soy el ángel malo de su hermana.

De una torre cercana cayeron unas campanadas. David consultó su reloj de pulsera. Eran las nueve y media.

—He de marcharme. Tengo servicio a las diez —dijo David.

—Lo siento, pero prométame que volverá otra tarde. Mañana, por ejemplo.

A David no le gustaba Enriqueta. Pero esto era una sensación extraña, que no tenía nada que ver con la realidad de las cosas. La verdad era que se trataba de una hermosa mujer, cultivada y elegante, que le atendía con corrección. El no era un chiquillo para dejarse llevar por manías. Le contestó:

—Mañana volveré. ¿Van a El Naípe Azul esta noche?

—Espero que Kate me telefonee.

Enriqueta le puso el abrigo y le acompañó hasta la puerta. Parada en el umbral esperó, inmóvil, a que David bajara en el ascensor.

El servicio de David era en el Harlem, el barrio negro de Nueva York. Su misión, vigilar a un tal Ergard Cameron, antiguo bailarín de color. Era un hombre que, en otros tiempos, había conocido la fama y el dinero, pero su afición a las drogas le había convertido en un desecho. Ahora paseaba por los cafés de su barrio nativo su miserable humanidad, en la que el opio había hecho tremendos estragos. El F. B. I. le pisaba los talones, pues él podía ser la pista que les llevara al descubrimiento de una banda de traficantes en estupefacientes.

David Lawson, con el cuello del abrigo levantado, y calado el sombrero hasta los ojos, bajó por la Quinta Avenida hasta desembocar en el barrio. Repartidos por las calles Ciento Veinticinco y Ciento Treinta y Cinco pululaban, aproximadamente, trescientos mil negros.

En el cruce de las calles, perdido, el «policeman» vigilaba esta multitud de color, que chilla, gesticula y corre con la vivacidad de su raza. A aquella hora el barrio vibraba selváticamente. Grupos compactos de muchachos de ambos sexos se lanzaban, sobre patines, con un ruido aterrador, por las aceras. Y la música de «jaz» salía de todos los huecos, llenando de estampidos y de aullidos la noche. En un bar situado cerca del Teatro Lincoln, David esperaba hallar a Ergard Cameron. Se acercó a la barra y pidió un «manhattan». Por el espejo que tenía enfrente observó la sala. Estaba llena de gente. Negros elegantes, demasiado elegantes, acompañaban a sus pequeñas amigas, rutilantes, asimismo, de sedas. Una vieja, que recordaba a un chimpancé, vendía entre el público su mercancía: perfumes y cosméticos. Una hora llevaba en aquella guarida, algo aturrido por el estruendo musical de una gramola eléctrica y por los gritos agudos de las mujeres, cuando entró Cameron. Su alta figura aparecía tan maltrecha que, a su paso, muchos de sus antiguos amigos se apartaban de él. En el establecimiento, aparte de David, había algunos clientes blancos: mujeres ligeras y hamponas. Y en un rincón, un elegante grupito de damas y caballeros corrían la emocionante aventura de visitar rincones peligrosos de Harlem.

David recogió en el espejo la mirada del agente del F. B. I. que él relevaba. Y mientras volvía a cargar la pipa, observó al exbailarín que se había sentado en la barra, cercano a él, separados tan sólo por una mestiza que comía tranquilamente su «sandwich». Cameron pidió huevos fritos con tocino, y a un gesto de desconfianza del encargado del mostrador del bar, saco y arrojó sobre el hombre un puñado de dólares.

—Tengo dinero, cochino. ¿Lo ves?

—Está bien, Edgard —contestó pacientemente el empleado—. Te sirvo ahora mismo.

Mientras preparaban su cena, el negro consultó frecuentemente el reloj. Parecía esperar algo. Sin embargo, el tiempo transcurría y nadie se acercó

a hablarle. Terminó de cenar, pagó su consumición y salió a la calle. El agente especial hizo lo mismo.

Una niebla espesa y fría, que subía del río Harlem, le obligó a acercarse al hombre que seguía. Éste debía haber notado la persecución, pues volvió varias veces la cabeza. Abandonó las calles céntricas y se internó por callejuelas sin pavimentar. Las recientes lluvias habían convertido aquello en un barrizal. Se oía el rumor cercano del río. De repente, al volver una esquina, Cameron desapareció. El agente especial avanzó unos pasos desconcertado, por la estrecha callejuela donde el negro se había evaporado. Dos sombras, surgidas a ambos lados, le detuvieron. Y antes de que pudiera llevar la mano a la «Luger», un puñetazo entre los ojos le hizo retroceder. Apoyado en la pared rechazó a uno de sus adversarios de un puntapié. Pudo comprobar a la escasa luz de un farol, que ninguno de los dos era Cameron; se trataba de dos negros corpulentos y jóvenes. El atacante retrocedió, blasfemando, y el otro se lanzó en tromba intentado atenazarle el cuello con ambos manos. David hizo lo mismo, y los dos hombres rodaron por el suelo. El agente especial hubiera acabado con su contrincante, pero el otro compinche, repuesto del puntapié, le golpeó en la cabeza con una porra. David aflojó la tenaza y sintió que naufragaba en la inconsciencia. Sin embargo, no perdió el conocimiento. Su enemigo se levantó rápidamente, murmurando:

—Maldito policía. Me hubiera gustado mandarle al otro barrio.

—No hay que perder tiempo, Kim. Jack Monty se enfadaría.

—Y tú, idiota —añadió el llamado Kim, dirigiéndose a Edgard Cameron, qué había permanecido inmóvil e invisible en el quicio de una puerta—: a ver cuándo aprendes a librarte de la «Poli».

Los tres hombres corrieron, chapoteando en los charcos del callejón, y unos minutos después, el ruido del motor de un coche indicaba a David que se alejaban.

Se levantó y se acercó al farol. Reflexionaba. Había oído el nombre de Jack Monty a uno de aquellos rufianes. ¿Qué relación podía tener Jack con Cameron? La cabeza le dolía, y al tocársela comprobó que estaba herido, y el traje y el abrigo estaban manchados de barro. Empezó a llover y a toda prisa se alejó de la callejuela. Seguramente volvería a encontrar a Edgard Cameron. Se decía de él que no podía vivir lejos de Lennox Avenue. Se acercaba a las calles iluminadas pensando en lo sucedido. Indudablemente, habían querido matarle. Aún le parecía sentir aquella garra en su garganta. Telefonó desde una cabina pública a la División, dando cuenta de lo sucedido.

Unas horas después, tras haberse curado la herida de la cabeza, entraba en su pensión. Estaba amaneciendo, y un día gris y lluvioso se iba extendiendo, como un pulpo, sobre la ciudad.

La cama de Nils aparecía intacta. Su amigo estaba de servicio en el

Volvió al día siguiente al piso de Enriqueta, a la misma hora. Fue recibido con idéntica cordialidad, con idéntica sumisión, que la tarde anterior. El ambiente estaba ya preparado: música nostálgica, olor intenso a caros perfumes y a cigarrillos orientales. Sobre la mesa, en el samovar, ya hervía el agua.

Enriqueta le acogió como a un viejo amigo. Con cierta complicidad. Le ayudó a despojarse del abrigo, y, cogida de su brazo, lo llevó hasta el diván.

—¿Qué tal anoche? —preguntó David.

—Fuimos a Madison Square Garden; *hockey* sobre hielo.

—¿Interesante?

—Le confieso que no soy deportista. A Kate le apasiona.

—¿Fue Kate con usted?

—Sí. Con míster Taimbech y Ladislao Trausa.

Terminaron de apurar la primera taza, y David encendió su pipa. Junto a él, muy junto, Enriqueta fumaba. Se abandonaron, perezosos, sobre los almohadones.

—¿Tiene noticias de la heredad? —preguntó Enriqueta.

—Sí. Con frecuencia.

—Le escribe la prima Astrid todos los días, ¿verdad?

David la miró sorprendido. Enriqueta sonreía, irónica y continuó:

—Me ha dicho Kate que usted se casará con ella.

Se irguió en su asiento y sirvió otra taza de te a David, esperando su respuesta.

—No sé. No quisiera encadenarme en seguida.

—¡Claro! De ninguna manera. Un hombre como usted... La vida hay que vivirla.

Enriqueta, al decir esto, se le ofrecía, tentadora, David, sin mirarla, continuó, casi hablando consigo mismo:

—Además, mi madre la necesita en casa. Hay tanto que hacer... No sé cuándo volveré por la heredad.

—Ustedes, los Lawson, no saben vivir lejos de su tierra. Fuera de allí no hacen más que tonterías.

—Y allí nos consumimos de oscuras ansias.

—¿Por qué dejó usted aquello? A Kate no la gustaba que abandonara la casa.

—No la abandoné. Obedecí a mi madre. Ella quería que estudiara en Nueva York, cerca de Kate. Se la imagina, no sé por qué, en grandes peligros.

—Sin peligros la vida no es interesante. El que algo quiere, algo le cuesta.

—Así es.

Dejaron pasar unos minutos sin hablar. El tocadiscos seguía sonando, y Enriqueta se levantó, preguntando:

—¿Bailamos un poco?

David, indeciso, la enlazó y la llevó suavemente al compás de la música.

David comprendía que Enriqueta intentaba captarle. Su cuerpo, que la seda del traje moldeaba, se ceñía a él con abandono. Los ojos entornados y la garganta alzada le incitaban descaradamente. Se detuvo.

—He de marcharme. Me espera Nils. No coincidimos casi nunca ahora.

—Haga lo que le parezca —contestó despechada, la Bagliatti.

—Tengo que hablar con Nils; no tengo más remedio —se excusó David.

Precipitadamente se puso el abrigo y el sombrero, y bajó a toda la velocidad de sus piernas.

Efectivamente, Nils le esperaba en la pensión. La dueña, la gruesa Silvana, le sirvió una abundante cena, sin cesar en su charla intrascendente y vanidosa. Los dos amigos, ya en la calle, cogidos del brazo, se acercaron a la División del F. B. I. David quería recoger en las oficinas información sobre Trausa, Jack Monty, Pierre Armont y Enriqueta Bagliatti.

LOS días habían transcurrido sin que ningún suceso notable hubiera alterado la vida de los dos amigos, cuando se acercaron una noche a El Naípe Azul.

Descendieron la suntuosa escalera esperando encontrar a Kate con sus amigos. El F. B. I. había dado todos los datos que poseía sobre estas personas. A excepción de Jack, ninguno aparecía fichado en los archivos. Jack Monty fue boxeador; pero borracho contumaz, había sido expulsado de todos los clubs. Había estado mezclado hacía tres años, en un chantaje escandaloso.

Ni Jack, ni Kate, ni ninguno de los conocidos, aparecían aquella noche en El Naípe Azul.

Los dos agentes especiales se instalaron en los altos taburetes del bar. David, con su inseparable pipa entre los dientes, pidió un «Manhattan», y Nils, un «Martini». El Naípe Azul estaba aquella noche atestado. En la pista, los clientes apenas podían bailar; se movían en el mismo sitio. El saxofón chillaba, epiléptico, entre la orquesta. Los taponazos del champán parecían disparos de revólver. Míster Taimbech llegó solo. Apareció sonriendo bajo la cortina de la entrada. Y Maurice le acompañó hasta la mesa. Desde allí, al observar a los dos amigos, saludó amablemente. Consultó la minuta que el camarero le tendía, y encargó unos platos. Al parecer esperaba a alguien, pues miraba impaciente hacia la entrada.

Nils, le dijo a David:

—Me he informado de míster Taimbech. Es un alto jefe en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Conducta intachable.

David fumó en silencio, sin contestar, y observó a míster Taimbech entornando los ojos, pues la luz era escasa en aquellos momentos. Míster Taimbech estaba inmóvil, apoyado en el respaldo de su silla, mirando fijamente a la pista.

David apartó su mirada de él, y se volvió a Nils.

—Debe estar esperando a Enriqueta.

Transcurrió una hora, y los dos amigos empezaron a impacientarse. David, que vigilaba de vez en vez a míster Taimbech, se extrañó de su quietud.

—Oye, Nils. Observa la actitud de míster Taimbech. Es extraño; lleva una hora sin moverse.

Los dos agentes especiales cambiaron una mirada de inquietud y se acercaron a la mesa ocupada por míster Taimbech. Los miraba con fijeza, pero ni un solo músculo de su cara se movió al acercarse ellos. David, ya junto a él, le puso una mano sobre el hombro. Al instante, el hombre se desplomó sobre la mesa; estaba muerto. En la espalda, sobre el «*smoking*»,

aparecía un orificio de bala. Alguien le había disparado desde una puerta próxima, amparado por las gruesas cortinas que cubrían todos los accesos al salón. David se acercó a la salida inmediata; era un pasillo que conducía a los camerinos de las artistas que actuaban en el club. Recorrió de un salto los tres metros de pasadizo, y se encontró ante la puerta de un camerino. La empujó y entró rápidamente. Ante el espejo, una mujer se maquillaba. Se volvió indignada para replicar; pero a la vista de la placa del F. B. I., enmudeció. El agente especial se acercó a la única ventana del cuarto. Estaba a ras del suelo de la calle y no tenía barrotes. Todavía aparecía bajo aquella salida un silloncito. David se volvió a la mujer:

—¿Quién ha salido por aquí?

—Eso quisiera saber yo. He llegado hace media hora para prepararme, y he visto mi ventana abierta y mi silloncito pisoteado.

En efecto, en el satén que tapizaba la silla, aparecía la huella de un zapato de hombre.

—Diga la verdad.

—Le digo la verdad. Pensé que se trataba de algún ratero. No me inquietó, porque no tengo aquí nada de valor.

El agente especial abrió la ventana con precaución. En el marco, en la parte superior, aparecían algunos cabellos adheridos. El hombre que huía, pensó David, en su apresuramiento, tropezó con su cabeza. La ventana daba a un callejón, y sobre el barro se destacaban con toda claridad las huellas de unos zapatos. David recogió los cabellos cuidadosamente y los guardó en su pañuelo. Retrocedió por el mismo camino y recomendó a la asustada mujer silencio.

En el salón, alrededor de la mesa de míster Taimbech, se agrupaban los clientes curiosos. Un agente de la Policía Metropolitana, de servicio en El Naípe Azul, iniciaba las primeras diligencias. Ya se acercaba la ambulancia, y había sido prohibida la salida del club. David y Nils mostraron al policía sus placas de agentes especiales del F. B. I.

—Le han disparado ocultos tras de esas cortinas —le sugirió David, señalando a la puerta de acceso a los camerinos.

Los fotógrafos y expertos en huellas se acercaron al lugar del crimen y tomaron notas. En el cuarto de la artista recogieron las huellas de los zapatos sobre el sillón y en el ceno de la calleja.

Tras pedir permiso para retirarse, David y Nils salieron a la calle. Andando rápidamente, mordiendo su pipa, David dijo:

—La pistola tenía un silenciador. Por eso no hemos oído la detonación.

—Afortunadamente, Kate no estaba aquí. Se hubiera visto mezclada en este nuevo jaleo —murmuró Nils.

—Aunque no estuviera allí, está mezclada. Lo están la Bagliatti y los demás compinches. No han venido esta noche, porque sabían que Taimbech había de morir.

Nils no contestó. David continuó, ensimismado:

—Croyce era químico, un gran químico, empleado en experimentos privados, y Taimbech estaba en el Ministerio del Exterior. Estos hombres debían de estar, por sus cargos, en posesión de importantes secretos. Creo que ya tenemos la causa de estos asesinatos: espionaje.

—¿Qué dices?

—Sí. Espionaje. Todo este tinglado de la casa de modas es para cubrir la organización. Trausa es el jefe.

—¿Pero, y Kate?

—Kate es una espía. Una enemiga de América —contestó brutalmente David.

Llegaron a su casa en silencio. David aún añadió:

—Mañana llevaré al laboratorio unos cabellos que encontré adheridos a la ventana del camerino.

Los dos amigos pensaban en Kate. La Metropolitana iría atando cabos, y el misterio de aquellas dos muertes sería aclarado rápidamente.

Después, el sensacionalismo de la radio y la prensa enterarían a todo América, a todo el mundo, de los menores detalles. Una sensación de angustia oprimió el corazón de David al imaginarse a su madre abrumada por el dolor y la desesperación.

* * *

La tienda de modas de Pierre Armont ocupaba la planta baja de un elegante edificio frente al Central Park.

Desde hacía dos horas, David y Nils vigilaban la entrada. Sabían, por los periódicos, que hoy pasaba Pierre su colección privada de modelos a los profesionales y a algún corresponsal extranjero.

Las ediciones de la mañana habían traído, en primera página, en grandes titulares, el asesinato de mister Taimbech, en El Naípe Azul. Los peritos decían que la muerte fue hecha por un disparo de Colt, a tres metros de distancia.

La mañana estaba fría, y grandes velos de niebla se quebraban entre los abetos del parque. Los dos amigos, sentados en un banco protegido por unos arbustos, esperaban.

El «Cadillac» de Trausa, conducido por Kate, dobló la esquina próxima. Un frenazo violento le obligó a detenerse en la puerta de Pierre, y Kate seguida de Trausa descendió rápidamente.

Vieron entrar a otros invitados. Y rodeada de tres hombres de aspecto extranjero, a Enriqueta. Jack Monty no apareció.

Transcurridos unos minutos, los dos agentes especiales abandonaron el asiento y se acercaron a la casa. David pulsó suavemente el timbre, e inmediatamente un pequeño «botones» de color chocolate, les abrió la

puerta. Preguntó:

—¿Invitación?

—La olvidamos.

—Lo siento. *Monsieur Pierre* no permite la entrada sin ella.

—Somos amigos de *Monsieur Pierre*.

—Un momento.

El chico cerró la puerta casi en sus narices. Unos instantes después era el propio Pierre quien les invitaba, gentilmente, a pasar.

—¡Mis queridos amigos! Pasen, pasen ustedes.

David y Nils, muy serios y poco dispuestos a corresponder a las delicadezas del modisto, avanzaron sobre la gruesa alfombra unos pasos. Desde allí podían observar una serie de salones, decorados en blanco, rojo y oro, donde cinco mujeres, entre ellas Kate y Enriqueta, evolucionaban ante un reducido grupo de personas.

Ladislao Trausa se alzó del sillón donde estaba sentado, y se adelantó, sonriendo, a recibir a los amigos.

—Quisiéramos hacerle unas preguntas, Trausa —dijo David.

—¿Unas preguntas? —inquirió Ladislao, con toda placidez.

—Sí. Referentes a la muerte de míster Taimbech.

El rostro de Trausa se alteró notablemente, pero su voz era firme al contestar:

—Lo he leído en los periódicos de la mañana. Es horrible. Taimbech era un buen amigo mío.

—Ya aclararemos todo eso. Ahora nos sentaremos. Me interesa mucho este desfile de modas —dijo David irónicamente.

Y uniendo la acción a la palabra, se dejaron caer en un sofá.

Trausa, junto a ellos, aparentaba tranquilidad, pero el cigarrillo que sostenía entre los dedos, temblaba.

Kate se acercó a ellos y giró gentilmente, para mostrar el traje que llevaba. Sin embargo, su rostro estaba duro y sus ojos rehuyeron la mirada. El mentón lo llevaba alzado en gesto de desafío cuando pasó ante los dos muchachos.

Enriqueta Bagliatti, en cambio, los saludó desde lejos con una larga sonrisa.

Pierre Armont se movía como un ratón entre los corresponsales de prensa y los clientes. Explicaba detenidamente cualquier detalle del vestido, y a no ser por las inquietantes miradas que dirigía a David y a Nils, se le hubiera juzgado hombre tranquilo.

Terminó la exhibición, y los invitados fueron abandonando la casa entre las genuflexiones de Armont. Las tres maniqués que en unión de Enriqueta y Kate habían mostrado los trajes, también se marcharon.

Sólo quedaron en la tienda Trausa y el modisto. Kate y Enriqueta, y los dos agentes especiales del F. B. I. y el «botones» que les abrió la puerta.

David esperó a que el chico recogiera en el salón algunos objetos y se retirara también. Cuando el «boy» desapareció, David se volvió a Ladislao, y le dijo:

—Anoche, Jack Monty mató en El Naípe Azul a míster Taimbech.

—¿Jack? Permítame que lo dude —contestó con displicencia el elegante desalmado.

—Lo mató —continuó David—, y por encargo de usted.

—Muy sencillo. Jack dejó huellas de zapatos en todas partes. En el pasillo, en la tela de un sillón... De zapatos que no eran suyos. Más grandes que los que él lleva habitualmente. Además, los habrá hecho desaparecer; estoy seguro. Huellas digitales no dejó en ningún sitio porque llevaba guantes. Sin embargo, no contó con que iba a tropezar en la ventana y que iba a dejar allí, adheridos, algunos cabellos. Los recogí y los envié al Laboratorio Técnico del F. B. I. Hoy sé, positivamente, que Jack Monty fue quien asesinó a míster Taimbech.

No era verdad. David aún no había entregado los cabellos al laboratorio, y, por tanto, ignoraba de quién pudieran ser. Quiso jugar aquella carta confiando en su instinto. El resultado no se hizo esperar. Una de las puertas del fondo del salón se abrió de un tremendo empujón. En el vano apareció Jack Monty con una brutal expresión en su rostro congestionado.

—Maldito policía —gruñó, mientras avanzaba como un bólido sobre David.

—¿Quién te mandó salir, estúpido? —le gritó Trausa, fuera de sí.

Jack Monty, sin contestar a su jefe, se había lanzado sobre David; pero éste, sin moverse de su asiento, alzó las dos piernas rápidamente y con los pies golpeó los muslos de Jack. Nils y Trausa se interpusieron entre los dos, y, a duras penas, consiguieron calmar a Monty.

David se puso en pie y cargó la pipa con toda tranquilidad. Se volvió hacia su hermana, que, inmóvil, junto a él, había presenciado lo anterior, y con voz seca, la ordenó:

—Vamos. Abandona a esta pandilla de asesinos.

Kate replicó, sin moverse, en tono indiferente:

—Estoy a gusto con mis amigos. Sois vosotros los que estorbáis.

Nils se acercó a ella, suplicante:

—Pero ¿no comprendes? Aún estás a tiempo de salvarte. Vamos, Kate; tu madre te espera en la heredad.

Kate, sin contestar, le volvió la espalda y se acercó a una de las ventanas. Alzó el visillo y miró al parque. Un gesto de dureza la endurecía las facciones, haciéndola irreconocible.

Los dos amigos cambiaron una mirada de desaliento, y sin hablar con nadie salieron apresuradamente.

DESDE la División del F. B. I. avisaron a David para que continuara la vigilancia de Edgard Cameron. Había sido localizado en un fumadero de opio, en el barrio de Harlem, en la más completa saturación de drogas.

David se acercó al barrio negro para sustituir en la vigilancia del exbailarín a otro agente especial del F. B. I.

Se encontró en un club nocturno, de sórdido aspecto. La dueña, una mulata horrible, intentaba por todos los medios poner a Cameron de patitas en la calle. El opiómano, con el aspecto extenuado característico, protestaba todo lo que sus escasas fuerzas le permitían.

David se hizo cargo del negro, y el compañero del F. B. I. desapareció camino de su casa para disfrutar de un bien merecido descanso.

En la pista, una muchacha de color bailaba un ritmo enloquecedor. En su mesa, el exbailarín, sin hacer caso a la dueña, llevaba con los pies el compás de la danza.

David sintió la molesta sensación de ser observado. Volvió rápidamente la cabeza y tuvo tiempo de ver, antes que desaparecieran por una puertecilla lateral, a dos negros corpulentos y llamativamente trajeados. Inmediatamente reconoció en uno de ellos al que le atacó en la callejuela cercana al río Harlem. Se hubiera lanzado en su persecución, pero el temor a perder la pista de Edgard Cameron le mantuvo en su puesto.

Mientras observaba a Cameron, que dormitaba en su silla, David reflexionaba sobre el asesinato de míster Taimbech. Si la Policía Metropolitana llegaba a la misma conclusión que él, era muy probable que la banda de espías fuera detenida inmediatamente. Pensar que Kate sería encarcelada y envuelta en un proceso sensacional le ponía enfermo. De nada le había valido a su madre insistir en que él, junto con Nils, ingresaran en el F. B. I. No habían podido proteger a Kate. Mal se puede guardar a quien no quiere ser guardado.

David llamó al mozo y pidió *brandy* con soda. Eran las tres de la mañana y hacía calor en el tugurio. Edgard Cameron dormía sobre la mesa.

El mozo trajo lo pedido, y David apuró el Brandy tranquilamente. Unos instantes después una sensación de pereza le cerraba los ojos. Intentó luchar contra aquel sueño inesperado, pero fue inútil. Una idea le asaltó: había sido narcotizado. Alargó la mano a la copa y aún pudo ver, antes de hundirse en la inconsciencia, un poso blanco en el fondo. La copa se desprendió de sus dedos sin fuerza y se rompió en el suelo en mil pedazos.

Alguien decía a su lado:

—Buena la ha cogido.

—Llévenlo adentro. Descansará mejor —ordenó la voz de la dueña.

David fue alzado por las axilas y depositado en un camastro. Transcurrido un buen rato, una voz para él desconocida sonaba a su lado. Era la del negro que le atacó en el callejón.

—Jack esta vez se pondrá contento. Hoy no fallo; se lo entrego vivo y coleando.

—Calla de una vez, animal. Este tío nos está oyendo, ¿no lo sabes?

—¿Sí? Pues le voy a dar música.

El negro que debía ser amigo de Jack se inclinó al oído de David y empezó a escupir los más soeces insultos.

—Bueno. Ya está bien.

Aquellos hombres le alzaron cada uno por un brazo, y así, en volandas, fue llevado hasta un coche. Reían y hablaban en voz alta, fingiendo estar ebrios.

David fue arrojado como un fardo sobre el asiento y el coche arrancó. Después le obligaron a subir una escalera, a bajar otras, y, finalmente, le abandonaron en un gran silencio.

Horas más tarde, pasado el efecto del soporífero, David abrió los ojos y miraba en derredor. Estaba en el camarote de un barco. Del «Argus», seguramente, pensó David.

Quiso alzarse, y no pudo. Finas y resistentes cuerdas le ataban las muñecas y los tobillos, y una mordaza le tapaba la boca. Tendido en la litera, observaba: debía ser temprano, a juzgar por el sol. Del fondo subía el sonido de las máquinas y oía funcionar las bombas. El yate parecía dispuesto a zarpar. La banda de espías se daba a la fuga.

Unos pasos bajando apresuradamente la escalera anunciaron una visita. La puerta se abrió, y Ladislao Trausa, Jack Monty y Pierre Armont aparecieron. Del rostro de Trausa había desaparecido su habitual e hipócrita sonrisa. Ordenó a Jack Monty:

—Quítale ese trapo.

Jack le desamordazó, animada su cara con una sonrisa aviesa, y se retiró unos pasos.

Trausa, sentándose a horcajadas en una silla frente a él, le habló suavemente:

—Vamos a ver, mi buen amigo Lawson. ¿Hasta dónde ha llegado usted en sus deducciones?

David, contestó:

—Tengo pruebas suficientes para mandarle a la silla eléctrica. A usted y a sus compinches.

El atildado Pierre Armont dejó oír una risita aguda.

—Y a su hermana también, ¿verdad? —preguntó.

—También.

—Me temo —añadió Ladislao Trausa— que su curiosidad nos ha creado un problema: el de hacerle desaparecer. Todas sus pruebas no le servirán

de nada, porque va usted a morir.

David recorrió con la mirada el rostro de los tres hombres. Sabía que Trausa no mentía.

—Va usted a morir —continuó el forajido—. Jack se encargará de ello. Y sospecho que de una manera propia de él, brutal.

—Lo mataré a puñetazos, jefe —corroboró el esbirro.

—Sin embargo, antes le voy a dar algunos detalles que a usted le preocupan. Para que se vaya al otro mundo tranquilo —Trausa hablaba tranquilamente—. Mister Croyce fue seducido por Kate, y por la influencia de su hermana sobre él llegaron a nuestro poder eficaces noticias.

—¿Fue un traidor? —preguntó David.

—No sea melodramático. Sabía algunos secretos de laboratorio, y se los transmitió a Kate; nada más. Luego se arrepintió, y le entró miedo. Por eso desapareció. El miedo es mal consejero.

—Le asesinaron —dijo David.

Ladislao Trausa, continuó:

—Sí. Enriqueta tiene afición a los venenos. Le aseguro que esas tazas de te que usted tomaba en su piso le han llevado a las puertas del infierno muchas veces.

David se estremeció al pensar en la envenenadora. El puro recuerdo de Astrid le había guardado.

Trausa, seguía hablando:

—Mister Taimbech desapareció por igual razón. Nos hizo importantes servicios. Después empezó a ponerse nervioso y a cometer equivocaciones. Tiene usted que reconocer que era un peligro.

Pasaron unos instantes de silencio. David miraba a los tres hombres, y ellos, a su vez, le observaban.

—Es usted valiente —decía Ladislao—. Como su hermana. Debo reconocer en ella un gran valor.

A propósito, nos casaremos en seguida. En cuanto este asunto quede arreglado.

—Me avergüenzo de ella.

—¿Por qué? Tiene ambición. Todos los medios la parecen buenos para llegar. Le tiene horror a la pobreza. Siento no disponer de tiempo, si no le contaría la historia de su hermana en Nueva York. Una triste historia hasta que dio conmigo.

En aquel momento, Pierre, que estaba mirando la dársena, gritó:

—Ahí viene el otro sueco.

Se oía el motor de una canoa, que se acercaba velozmente.

—Pronto. Salgamos de aquí —ordenó Trausa. Se volvió a Jack Monty y dejó caer esta palabra—: ¡Líquídale!

David, atado de pies y manos, no podía hacer más que gritar para atraer la atención de Nils; pero un bestial puñetazo de Jack le hizo perder

el sentido.

Una inmensa sensación de frío le ayudó a recobrar el conocimiento. Estaba tendido al sol, en una canoa. A su vera, Nils le practicaba la respiración artificial. Al verle abrir los ojos, le animó:

—De buena te he librado.

—¿Qué pasó?

—Subí al barco en el momento en que oí un cuerpo caer al agua en el lado opuesto. No sé por qué, pero algo me decía que eras tú. Me arrojé, sin hacer caso de esos bandidos. Buceé, y pude agarrarte por el pelo. Cuando subimos a la superficie. Ladislao, Pierre y Jack habían abandonado el yate.

El hombre que conducía la canoa les dijo que tres hombres de las señas de Trausa, Armont y Monty, tripulando una motora, habían desembarcado.

Así era. Al otro lado de la dársena, junto a una escalera, aparecía la canoa abandonada.

Se acercaron con toda la rapidez y treparon por la escala. No podían estar muy lejos. Unos estibadores que descargaban cemento les indicaron que tres hombres habían pasado corriendo en dirección a la salida.

En un barracón, perdido entre montañas de mercancías, la mujer del mostrador les dijo que desde allí habían llamado por teléfono. La mujer había oído el nombre Kate repetido varias veces. El hombre más alto, Trausa, la había ordenado que estuviera con el coche en un sitio que ella no pudo entender.

David y Nils salieron a todo correr del barracón. Un disparo, hecho desde un almacén de grano, los detuvo en seco. Rápidamente buscaron protección tras unos barriles de vino.

Desde allí pudieron ver a Jack Monty correr, pistola en mano, por el piso superior. Sin duda, el rufián procuraba atraer la atención sobre él para dar tiempo a Pierre y a Trausa de escapar. Y lo había conseguido. El ruido del disparo había hecho que los descargadores próximos al almacén abandonaron el trabajo entre gritos. Y policías de la brigada del puerto se acercaban velozmente. David salió al encuentro de la pareja de guardia y les mostró su placa:

—F. B. I.

—¿Qué sucede?

—El hombre que ha disparado es un asesino.

En la pequeña explanada que se extendía ante la puerta del almacén se habían congregado muchas personas, que nerviosamente comentaban y entorpecían la captura de Monty. Exactamente lo que éste quería. David, aprovechando una puertecilla lateral, penetró en el edificio rápidamente. Las amplias naves aparecían silenciosas y abandonadas, sólo turbadas por el ruido de las máquinas, que continuaban trabajando.

Un disparo hecho desde la altura obligó a David a protegerse tras unas columnas. Afuera, la multitud, entre la que estaba Nils y la Brigada del

puerto, gritó nerviosa.

David miró con precaución hacia el sitio de donde había partido el fogonazo. Era un puente que comunicaba con una ventana al exterior. La voz de Monty le decía desde allí:

—Sube a buscarme, cochino sueco. Tengo un regalo para ti.

Una bala pasó rozando la cara de David. Contestó al disparo con otro dirigido al sitio donde resonaba la voz de Jack.

El agente especial comenzó a aproximarse con precaución a una escala próxima. En este momento, Monty atravesaba corriendo el puente y desaparecía por el hueco de la ventana.

La Brigada, con Nils al frente, irrumpió en la nave. David trepó rápidamente hasta llegar al sitio en donde se había esfumado Monty. Asomo la cabeza con precaución. La ventana daba al techo de una larga y baja nave, por cuya superficie corría Jack con mucha ventaja sobre sus perseguidores. Sin vacilar, Lawson se lanzó tras al rufián. La persecución no tenía testigos, pues el techo sobre el que los dos hombres corrían tenía a la derecha un alto paredón, perteneciente a otro almacén, y a la izquierda, el mar. Jack Monty se volvió, apuntando, y David apenas tuvo tiempo de arrojararse al suelo. Sonó el estampido del disparo y un grito angustioso. El agente miró hacia atrás, deteniéndose, y pudo ver que la bala había hecho blanco en el pecho de un policía del puerto, que seguido de Nils y otros, seguían el mismo camino que él. Estos minutos de indecisión habían sido aprovechados por el bandido para desaparecer del campo visual del agente especial. Cuando éste llegó al filo de la cubierta del almacén, al forajido se lo había tragado la tierra. No podía estar lejos, sin embargo.

David estudió el escenario rápidamente, y de un salto estuvo en el suelo. Era un rincón del puerto abandonado. Montones de chatarra y carbón ocupaban el terreno, cortado al frente y a la izquierda por el mar. A la derecha, junto al almacén, unas barcas con el casco al aire secaban su pintura.

Enfrente, en el ángulo del muelle, una vieja grúa herrumbrosa elevaba en la gris mañana sus líneas metálicas. David se disponía a doblar la esquina del almacén, cuando una idea le detuvo en seco: ¡la grúa!

La cabina del hombre que manipulaba la máquina aparecía vacía. Al menos, ésta era la sensación que daba, pues la puerta estaba cerrada y a través del cristal de la ventanilla no se veía a nadie. El espacio era reducido en su interior, y de estar allí Monty, estaría arrodillado. David se parapetó tras una de las barcas, y le conminó a salir:

Un silencio absoluto fue la respuesta a las palabras del muchacho. En lo alto del almacén aparecieron Nils y dos agentes. David les hizo señas, y los hombres, con toda la rapidez de sus piernas se acercaron a él, protegiéndose asimismo con las barcas.

—¿Qué pasó allá arriba? —preguntó David.

—Muerto —contestó, lacónicamente, Nils.

Uno de los policías, preguntó:

—¿Y el pájaro?

—En esa jaula —señaló David a la grúa.

La grúa, roída por la herrumbre, en desuso, daba una impresión de inocencia perfecta.

—Vamos, Monty. Arroja la pistola y sal. No te haremos daño. Es mejor así.

El mismo silencio que anteriormente había acogido las palabras de David recibió a éstas. Aquella punta del muelle estaba, afortunadamente, aislada por los almacenes que la rodeaban. Y como no se hacía allí ningún trabajo de estiba, era un sitio solitario. En los otros muelles, los obreros habían vuelto a sus faenas, y la Brigada, situada en sitios estratégicos, vigilaba.

A unos metros de ellos, muy cerca, sobre las menudas olas de la dársena, pasaron dos enamorados en una motora. Ajenos a aquella caza del hombre, a aquella silenciosa y mortal espera.

Uno de los agentes se había situado muy cerca de la grúa, y cautelosamente se acercaba a ella.

David, observando la maniobra, advirtió:

—¡Cuidado!

Era tarde. Un disparo de Jack, hecho desde la cabina, le paró en seco. El hombre giró como una peonza y cayó muerto.

En la cabina no se veía a nadie. Jack estaría en cuclillas o arrodillado. La puerta, que permanecía entreabierta, le permitía seguir los movimientos de sus perseguidores.

David apuntó cuidadosamente, y se dirigió al «gangster» en alta voz:

—Por última vez: ¿sales o no?

Un disparo que le rozó el hombro fue la respuesta del asesino.

David replicó a la agresión disparando también. Y su bala atravesó la plancha metálica de la puerta. Ésta se abrió violentamente, y Jack apareció sangrando. Con la mano izquierda intentaba contener la hemorragia del hombro derecho. Una furia infernal le descomponía el rostro, y apuntando lo mejor que pudo, disparó contra David. Instantes después, con una agilidad sorprendente, comenzó a ascender por el brazo de la grúa. David detuvo con un gesto de la mano a Nils y al agente, que se disponían a emplear la «Luger».

—No malgastar balas. Ya es nuestro.

Jack seguía trepando rápidamente, como enloquecido. El brazo de la grúa avanzaba sobre el mar ocho metros. Y al llegar al extremo, montado a horcajadas, disparó sobre los tres hombres. La altura donde se encontraba le proporcionaba una gran ventaja sobre ellos.

Nils lanzó un grito. Una de las balas de Monty le había herido en el muslo.

David, serenamente, haciendo con la mano pantalla, le invitó, todavía, una vez más:

—Por última vez: ¿bajas?

El rufián contestó con un disparo. De seguir así, desde su puesto, iba a terminar con ellos.

David apretó el gatillo y disparó. Instantáneamente, Jack Monty, dando un alarido, cayó al agua desde la altura. Su cuerpo chapoteó unos instantes, y desapareció.

Al ruido de los disparos acudían agentes de la Brigada de Puerto. Y canoas de la Policía recogían el cadáver del rufián.

* * *

Mientras curaban a Nils la herida del muslo, que, por fortuna, no tenía importancia, David se lanzó en persecución de la banda. Un armador del puerto le cedió su «jeep», y a toda velocidad se lanzó a cubrir la distancia que le separaba de la casa de Enriqueta. No había nadie. Ni el menor rastro. El portero le dijo que no sabía nada, que no había visto nada. A la vista de la placa del F. B. I. confesó que hacía una hora un «Cadillac», conducido por un hombre alto, de aspecto extranjero, y en cuyo interior iba otro hombre y una mujer, había recogido a la señorita Bagliatti.

David saltó al «jeep». Durante todo el día recorrió Nueva York inútilmente. Lleno de desaliento, cuando cayó la noche, regresó a su casa.

Nils estaba sentado en una butaca, con la pierna extendida, leyendo los diarios de la noche.

—¿Cómo va eso? —le preguntó David.

—Bien. Un rasguño en el muslo. Los periódicos no traen nada del asunto. La Metropolitana no ha dado publicidad al caso.

—¿Tú crees que están sobre la pista?

—Hay buenos sabuesos en la Sección.

—¿Dónde estarán?

—Están en Nueva York, estoy seguro —contestó David.

—¿En el yate?

—Al yate no volverán. Trausa sabrá que está vigilado.

—Seguramente saldrán en avión.

—En efecto, ése era el plan. Tomarán un avión particular y se irán al extranjero. A Méjico, quizá.

Los dos amigos quedaron sumidos en amargas cavilaciones. A la habitación llegaban amortiguados los ruidos de la ciudad. En la gran arteria de Broadway, Nueva York abría la flor multicolor de su noche sobre el crimen y el vicio.

AL día siguiente de estos sucesos, David volvió a Harlem. El F. B. I. había caído sobre la banda de traficantes en estupefacientes y había destruido una de las más sensacionales organizaciones que «trabajaban» en drogas. Edgard Cameron había sido la pista que, finalmente, había conducido al Federal Bureau of Investigation al extraordinario descubrimiento.

David volvió al barrio negro fuera de servicio. Quería volver al bar donde fue narcotizado; quería obtener de aquellos negros que le llevaron inconsciente al yate algunos informes.

A los pocos pasos de haber entrado en el populoso barrio, tropezó con Cameron. El exbailarín de color aparecía inquieto aquella noche, estaba parado junto a la salida del Metro y extendía la ganchuda mano en súplica de limosna. A la luz de un anuncio próximo, David lo observó. El negro, totalmente degenerado, ofrecía un triste aspecto; era el exacto toxicómano: ojos fuera de las órbitas, labios temblorosos, parpadeos y contracciones que señalaban bajo el pobre traje contracciones nerviosas y extremada delgadez. Delgadez que señalaban bajo el pobre traje clavículas y rótulas del cuerpo.

El agente especial se acercó y dejó caer un dólar en su mano.

—Gracias, señor —dijo Cameron, que no le había reconocido.

—¿Quieres ganarte otro, granuja? —preguntó David.

Los ojos mortecinos del negro se animaron con un leve fulgor.

—¿Cómo?

—Fácilmente.

Cameron se guardó el dólar, y tras echar una asustada mirada a su alrededor, echó a andar junto a David. En la esquina cercana había un bar, y el agente especial invitó al negro:

—Tomaremos café.

El antiguo bailarín aceptó con una inclinación de cabeza, y entraron. Se sentaron ante el mostrador, y David pidió para el hombre café y tostadas. Esperó a que Cameron devorara los alimentos para preguntarle. Fue el negro quien, impaciente, se le adelantó:

—¿Y ese dólar?

—¡Necesito saber los nombres de los que me atacaron hace unas noches en el callejón!

El negro dejó la taza que se llevaba a los labios, y saltó de la banqueta, aterrado.

—¿Era usted el que me venía siguiendo aquella noche?

—Sí, hombre, yo.

David, al decir esto, procuraba convencer a Cameron de sus buenas

intenciones; pero el hombre temblaba como un azogado. Entre dientes se excusó:

—No sé quiénes eran. Tengo mala memoria.

—Pues te la voy a avivar yo —replicó David, que empezaba a impacientarse.

—Son buenos chicos, señor agente.

—Pero ¿dónde están? Acaba de una vez, pillastre.

—Los encontrará en el gimnasio de Joe Saak.

David no esperó más. Arrojó sobre el mármol el importe de la consumición y se dirigió al gimnasio del llamado Joe.

El gimnasio era famoso en Manhattan, pues de allí habían salido los más populares púgiles. Al entrar Lawson en el amplio local, iluminado por potentes reflectores, una densa reunión de hombres jóvenes, de aspecto atlético, se ejercitaban en los más variados ejercicios. Y en un *ring*, situado en el centro, boxeaban dos hombres.

Uno de ellos, de color chocolate, detuvo sus movimientos al ver acercarse al agente especial. Y sin dejar de mirarle fijamente, dio un salto prodigioso sobre las cuerdas y desapareció del cuadrilátero.

Antes de que David pudiera recobrarse de la sorpresa que el acto del negro le había producido, éste se había esfumado por una puertecita, sobre la que un rótulo decía: «Vestuario».

David se lanzó tras él, y antes de llegar a la puerta, un sonoro cerrojazo le demostró que el perseguido se parapetaba. Empujó con todas sus fuerzas y golpeó con los puños la madera. Uno de los encargados se aproximó a toda velocidad.

—¿Qué escándalo es éste? —preguntó.

—Agente especial del F. B. I. —le contestó Lawson, mostrando su placa.

—¿Qué busca?

—A un hombre que acaba de entrar ahí —contestó David, señalando la puerta.

El encargado llamó a la puerta y ordenó, con potente voz, que abrieran. Inmediatamente un hombre de aspecto hercúleo les abrió, excusándose:

—No sabía que habían cerrado por dentro. Yo estaba ordenando esto.

—¿Quién entró? —preguntó el encargado.

—Sam Virginia.

—No puede estar muy lejos.

El vestuario era espacioso, y largas hileras de perchas sostenían una serie de trajes. El tal Sam Virginia debía de estar escondido entre aquellas perchas. David se dirigió a los dos hombres:

—Necesito coger a ese pájaro. Y cuento con su ayuda. Usted guarde la salida —ordenó a un empleado—. Y usted vaya revisando este rincón.

Las ventanas del gimnasio tenían rejas espesas, por lo que la posibilidad de huida por allí quedaba descartada. Sam Virginia, de salir por algún

sitio, tendría que hacerlo por donde entró.

David saltó el mostrador y avanzó entre las prendas de vestir que pendían a ambos lados. Un olor desagradable a ropa usada le iba envolviendo. Había llegado a la mitad de la sala, cuando vio al negro. Había dispuesto de tiempo para ponerse un pantalón, y le observaba con una luz siniestra en los ojos. Antes de que el agente especial se pusiera en guardia, Sam Virginia le propinó un puñetazo en el estómago. David retrocedió, tambaleándose, derribando, al aferrarse a ellos, trajes y perchas. Sam, aprovechando su desconcierto, se lanzaba sobre él. Instintivamente agachó la cabeza, y el puño del negro fue a golpear en el vacío. El agente especial se alzó rápidamente y golpeó en la mandíbula de su adversario con el cráneo. El golpe fue importante. Las mandíbulas del negro, al cerrarse, le hirieron la lengua. Una serie de feroces insultos salió de la boca ensangrentada del esbirro, que, sirviéndose de los puños como de un martillo, golpeó ciegamente a David.

El agente logró cogerle por los tobillos y derribarle. Iba a pegarle fuerte, cuando un apagón de luz los sumió en las tinieblas. Durante unos segundos los dos contrincantes quedaron inmóviles ante la sorpresa.

Una sacudida del negro apartó a David, y éste, con los sentidos alerta, le oyó alejarse. El agente especial le advirtió:

—¡Detente!

La respuesta del negro fue un insulto.

David palpó la «Luger» en la oscuridad con la mano derecha. Y con la izquierda encendió la linterna. El rayo de luz le mostró a los dos empleados del gimnasio pegados a la pared opuesta. Y a Sam Virginia que abría la puerta de salida. David disparó, y la bala fue a incrustarse en el vano. El ruido del disparo y el portazo fueron simultáneos. El joven corrió hacia la puerta y abrió, sin encontrar resistencia.

En aquel instante volvió la luz. Bajo las grandes lámparas pudo contemplar a una gesticulante y semidesnuda reunión, que reía y bromeaba. Comprobó, en una rápida ojeada, que Sam había desaparecido.

Salió a la calle, y desde la puerta le vio doblar la próxima esquina. No iría muy lejos, pues en su apresuramiento no había podido vestirse, y llevaba tan sólo los pantalones.

Los dos hombres corrieron uno en pos de otro. Y en la revuelta de una calleja que bajaba al río, David perdió la pista de su perseguido. La calle estaba mal alumbrada, y en el fondo, junto al agua, un viejo vagón de ferrocarril convertido en cafetín, ponía sobre los charcos del arroyo y sobre las ondas del río el reflejo de sus luces. El agente especial se ocultó en una puerta para vigilar el callejón. Del cafetín salían las notas de un acordeón y las agudas voces de las mujeres.

Un grito de espanto que salió de una ventana situada encima de David le puso sobre la pista. Instantáneamente se hizo cargo de la situación. El

negro, buen acróbata, había ganado de un salto la escalera de incendios de aquella casa. Había trepado por ella y se había introducido en la primera ventana abierta que hallara a su paso.

Lawson, en una poderosa ascensión, pudo asirse a los peldaños metálicos y trepar hasta la ventana. Una mujer de cierta edad, temblando, en ropas de dormir, se asomó, repitiendo su grito:

—¡Un demonio, un verdadero demonio! —clamaba, asustada.

El agente, sin contestar, la apartó a un lado y penetró en la vivienda. A la luz de una lámpara de mesa vio que el piso estaba vacío. Y un portazo le indicó que el negro huía por la escalera principal. Sin vacilar un instante, se lanzó tras él y le dio alcance cerca de la calle. Salvó la distancia que le separaba de su enemigo, arrojándose sobre él desde el primer descansillo. El negro, con la agilidad de una pantera, se volvió para atenazarle la garganta con ambas manos. Los dos rodaron, enlazados, por el «*hall*».

Algunos curiosos se asomaron al hueco de la escalera. Los dedos de Sam eran de acero, y David empezaba a sentir los síntomas de la asfixia, cuando, en uno de los vaivenes, consiguió golpear la cabeza del hampón contra un escalón. El golpe hizo perder el sentido a Virginia, y David pudo respirar ampliamente, libre de la tenaza mortal de aquellos dedos que soltaron su presa.

En el suelo, a sus pies, el cuerpo contusionado de Sam aparecía inerte. David se inclinó sobre él y, con ayuda de una jarra de agua que una de las vecinas trajera, consiguió reanimarle.

Sam, atontado bajó los efectos del golpe, se dejó conducir mansamente.

DAVID y Nils creían que Kate y el resto de la pandilla no habían abandonado Nueva York. Sam Virginia parecía no conocer a Ladislao. Sin embargo había suministrado al agente especial una pista que podía ser interesante. El negro había confesado que en cierta ocasión acompañara a Jack Monty a una granja más allá del Village, por una carretera de tercer orden, 20 millas más o menos del centro de la ciudad.

La noche siguiente a los sucesos del gimnasio, los dos amigos decidieron hacer una visita al lugar indicado por el negro.

Éste había quedado detenido en la Brigada del distrito para contestar a algunas preguntas que la Policía metropolitana quería hacerle.

David conducía el «jeep», y a su lado, silencioso, Nils fumaba.

—No debías haber venido, Nils.

—Si no es nada lo de la pierna. Además, no hubiera podido quedarme. Me hubiera matado la inquietud.

—Está bien. Dame un cigarrillo.

Nils le puso un cigarrillo encendido entre los labios.

El coche atravesaba los últimos barrios. La colina del Village aparecía silenciosa y casi a oscuras. Los garitos clandestinos del famoso barrio no trascendían al exterior su agitada vida nocturna.

Dejaron el coche cerca de la granja, al amparo de un gigantesco anuncio de madera. La luna se asomaba entre nubarrones, y a su luz lívida, el paisaje resultaba espectral. Las lagunas de la carretera y los tejados húmedos de la granja devolvían la luz del cielo.

La casa rodeada de árboles corpulentos, tenía un aspecto siniestro. Las ramas desnudas se elevaban al cielo patéticamente. Las nubes, arrastradas por un viento húmedo, velaban la luna frecuentemente, dejando el campo en una oscuridad casi completa. Aprovechando aquellas sombras fugaces, los dos agentes especiales se acercaron a la granja. Parecía abandonada. Ninguna luz se advertía en su interior. La puerta principal aparecía cruzada por dos grandes tablones que impedían la entrada, y en la parte alta, una ventana, pendiente sólo de un gozne, golpeaba a impulsos del aire la pared. A pesar de aquel aspecto inocente, o quizá por él, los dos amigos permanecieron al acecho, desconfiados, en su observatorio.

Para llegar a la puerta tenían que atravesar un prado y cualquier persona que vigilara desde la ventana, y había que pensar que estarían vigilando, podría disparar sobre un blanco seguro.

Había que aprovechar el paso de alguna nube ante el astro de la noche para aproximarse.

Cuando esto ocurrió y la oscuridad invadió el escenario, los dos hombres corrieron ágilmente hasta colocarse en la puerta del pajar. Sobre

la tierra, convertida en fango por la lluvia, huellas recientes de neumáticos, por donde corrían regueros, demostraban que se servían del cobertizo como garaje.

David empujó suavemente la puerta, y comprobó que estaba cerrada. Todas las ventanas aparecían, asimismo, cerradas. Tan sólo aquella que golpeaba su puerta, allá arriba, cerca del tejado, era la que estaba abierta. Los grandes árboles que cobijaban la casa tenían fuertes y largas ramas, y una de ellas llegaba casi al alféizar. David, en un susurro, explicó a Nils su plan; treparía por el árbol hasta llegar a la ventana y se introduciría en la casa por ella. Nils se quedaría vigilando fuera. Sin aguardar respuesta, aprovechando una oportuna oscuridad, David subió al árbol. No era fácil ascender por él; las tormentas habían pulido la corteza, y esto hacía difícil la ascensión. No obstante, avanzando cuidadosamente, llegó hasta la ventana. Saltó de la rama en el momento en que la luz de la luna volvía a dar su claridad al campo.

David aguardó unos instantes con la «Luger» en la mano derecha. En un rincón chillaron asustadas unas ratas. Y de afuera le llegó el graznido de la sirena de un barco. A la débil luz que entraba del exterior, David observó la estancia; grandes telas de araña colgaban de las vigas, y sobre los pocos muebles que allí había arrinconados, una espesa capa de polvo demostraba que aquel rincón no había sido visitado hacía tiempo. Al fondo, una puerta comunicaba con la casa.

Del interior de la granja no subía ningún ruido. El agente especial arriesgó unos pasos, y la presión de sus pies sobre el suelo de madera originó una serie de crujidos. Se detuvo, y esperó anhelante. El mismo silencio, alterado tan sólo por el golpear de la ventana, le rodeaba.

Llegó a la puerta, alzó el picaporte y tiró suavemente. Gimieron las oxidadas bisagras, como protestando de la intromisión, y a la escasa luz que reinaba, David pudo ver los primeros peldaños de una escalera que llevaba a las habitaciones inferiores.

Había empezado a descender, cuando algo le detuvo en seco. El olor, el perfume intenso, característico de la Bagliatti, llenaba la casa y ascendía hasta él. Indudablemente la casa estaba abandonada.

Las arañas habían tejido en todos los rincones sus mantos grises, y colgaban, recientemente destrozados, de los torcidos cuadros. En el tapizado del sofá y de los sillones habían hecho sus nidos los roedores, que escapaban en todas direcciones a la llegada de David.

Convencido de que en la casa no había nadie, encendió la linterna. Al hacerlo, el haz luminoso puso de relieve huellas que hasta entonces fueran invisibles.

Estudió cuidadosamente la vieja alfombra cubierta de polvo, notando que había huellas de zapatos de mujer y de hombre. Y siguiendo atentamente las señales, entró en otras habitaciones hasta llegar a la

cocina.

Aquello aparecía limpio. Bueno; relativamente limpio. Con un trapo habían quitado el polvo de las sillas y de la mesa. Y habían pasado unas horas en aquel refugio trazando un plan de salvación. Restos de comida, de cigarrillos, botellas de cerveza semivacías y cerillas apagadas aparecían esparcidas sobre el hule de la mesa.

El molesto olor a heliotropo de Enriqueta Bagliatti era en aquel rincón más intenso.

David examinó las colillas de los cigarrillos. Algunos estaban manchados de pintura en sus extremos. Dos tonos de rojo diferentes.

Se acercó a la ventana y la abrió de par en par.

—¡Nils! —llamó.

Nils Armstrong apareció rápidamente.

—Entra.

—¿Qué hay?

—Nada. Los pájaros han volado.

Nils ayudado por su amigo, saltó a la cocina.

A la luz de la linterna que llevaban continuaron inspeccionando rigurosamente. Los cigarrillos eran elocuentes; la diferencia de color de la pintura en alguno de ellos les demostraba que eran dos las mujeres que allí habían permanecido. Los cigarrillos no manchados eran de marca diferente, y ciertas colillas, inverosímilmente apuradas, demostraban que Pierre Armont, el avaro, no descuidaba su economía ni en momentos de peligro.

Después de dejar todo como se hallaba, los dos hombres salieron por la ventana.

Empezaba a caer una fina llovizna que borraba las huellas de los neumáticos del coche, pero no había que ser un lince para asegurar que pertenecían al «Cadillac» de Ladislao Trausa.

Los dos amigos, presa del desaliento, montaron en el «jepp», que los devolvió a Nueva York.

DAVID estacionó su coche frente a la Brigada, donde estaba detenido el negro. Y acompañado del fiel Nils, subieron rápidamente los escalones de la entrada.

Un compañero les trajo unas tazas de café caliente.

—¿Y Virginia? —preguntó David, saboreando la infusión.

—Descansando —contestó irónicamente el funcionario—. Fue un buen trabajo, Lawson.

La luz de la mañana, húmeda y triste, iba filtrándose a través de los cristales. Nils recostó la cabeza sobre la pared, suspirando, y David se volvió a mirarle. Un rictus de dolor descomponía las facciones del amigo.

—Es la herida, ¿verdad? —preguntó.

—Me duele un poco —concedió Nils.

—Vamos ahora mismo a casa.

—Pero ¿y Sam?

—Puede esperar.

La frente de Nils ardía y el dolor que le producía la herida del muslo le impedía levantarse del asiento. Ayudado por David y el compañero subió al coche.

Cuando llegaron a su casa, la gruesa Silvana salió a su encuentro, emocionada hasta el frenesí. Su gruesa humanidad temblaba a impulsos de la indignación.

Los dos amigos apenas conseguían enterarse de algo, en medio de aquella excitada catarata de palabras.

Por fin, fueron descifrando: dos hombres y una mujer se habían presentado en el piso solicitando de la dueña permiso para esperarlos en su habitación. A Silvana no le gustaban las visitas, nunca le gustaron, y por tanto se negó. Uno de los desconocidos sacó una pistola y amenazó a la buena mujer, recomendándola que dejara el paso libre y no diera ningún grito.

—Entraron en el cuarto —continuó la italiana—, y allí esperaron durante dos horas.

—¿Qué hicieron durante ese tiempo?

—Se cerraron por dentro. No pude verlos.

—¿Hace mucho que se fueron?

—Dos horas a lo sumo.

Nils ayudado por la excantante y por David, se metió en la cama. Puso la «Luger» debajo de la almohada, al alcance de la mano.

David advirtió a Silvana que vigilara al herido, y después de una ducha caliente, volvió a subir al «jepp».

Pisó el acelerador y avanzó por el *boulevard*, atento maquinalmente a

las señales de tráfico. Su pensamiento estaba lejos de allí; comprendía que la Metropolitana estaba sobre la pista y caería sobre la banda de un momento a otro. El amor que él y Nils guardaban a Kate les había hecho retardar su acción. En estas y otras amargas reflexiones se hallaba sumido cuando vio a Enriqueta Bagliatti.

Iba en un taxi, y esperaba, detenida junto a él, que el «policeman» que regulaba el tráfico diera la señal de avance. Le descubrió al mismo tiempo y David la vio ponerse pálida bajo el maquillaje. Se inclinó hacia adelante y habló con el chófer.

«Le ordenaré que vaya a toda velocidad. Le prometeré una buena gratificación», se dijo David.

En efecto, el coche arrancó como una exhalación. Y David Lawson, excitado, se lanzó tras él.

Los dos coches, uno en pos de otro, atravesaron la gran arteria de Broadway hasta llegar a la Batería. En los malecones de aquella parte de la ciudad se alineaban las pequeñas embarcaciones motoras que llevaban visitantes a Long Island, Coney Island, Rockway, Beach, Governer Island, Stualen Island, o a Hills Island.

Enriqueta se mezcló con un grupo que subía a la vieja barcaza de madera pintada de verde, que conducía a la estatua de la Libertad.

David saltó a la cubierta cuando ya habían retirado la pasarela. En la popa, la Bagliatti, sentada entre las tranquilas gentes, fumaba.

El viento del mar la despeinaba, y el agente especial contemplaba sus manejos para sujetarse la melena. Los muelles de Nueva York se alejaban tras la espía. A la izquierda, sin puentes sobre él, las aguas del Hudson brillaban tenuemente. Y a la derecha, el río del Este hervía de tráfico bajo el arco metálico de Brooklyn.

El Empire State elevaba su gallarda silueta entre la Stander Oil, la Bankers Trust y la Torre Singer.

El mar estaba denso de tráfico. Sobre las olas verdes, con flotantes algas, pasaban casi rozando la barcaza, buques cisternas, «ferries», transbordadores, gabarras cargadas de basuras, las canoas de los prácticos y los remolcadores diminutos y potentes.

Llegaron al antiguo fuerte de Word, sobre el que descansa la estatua, y saltaron a tierra. La entrada al monumento estaba bajo sus faldas de bronce. Inconscientemente, David, mientras seguía a la Bagliatti, pensaba que nada se parecía tanto a la libertad como un calabozo. Muros de fortaleza, rejas y oscuridad, producían esa triste sensación.

Enriqueta se elevaba en el ascensor con el primer grupo de excursionistas. El agente especial no había visitado nunca la famosa estatua y no tenía la menor idea de su distribución. Esperó impaciente que el ascensor bajara para llevar una nueva carga humana.

El ascensor, por fin, le recogió hasta dejarle en un «hall», de donde

arrancaba una escalera de caracol. No veía a Enriqueta Bagliatti por ninguna parte. En el interior del monumento la luz era escasa. Subió hasta la cabeza de la estatua y se asomó por los inmensos ojos. Al mirar hacia abajo comprobó la forma de estrella que le han dado a la isla que sostiene el símbolo. A espaldas suyas la voz de un cicerone repetía, cansada:

—Es debida la estatua de la Libertad al escultor alsaciano Bartholdi.

¿Dónde estaría la Bagliatti? A pesar suyo David admiraba el panorama.

Enfrente de él, con forma redonda y color de rosa, la isla del antiguo fuerte Jay.

Los visitantes iniciaban el descenso, y Enriqueta Bagliatti no aparecía. Súbitamente, un rayo de luz iluminó al agente especial: la antorcha.

Trepó por la tortuosa escalera que sube en el interior del brazo derecho. Alrededor de la antorcha que la figura sostiene en alto hay una arandela por la que puede darse un paseo circular.

Al llegar a la altura le cegó la luz del día tras la oscuridad de la ascensión. Un ruido muy conocido, el del gatillo de un arma, le hizo tirarse al suelo; sonó el disparo y silbó el proyectil a pocos centímetros de su cabeza. En una fracción de segundo, David empuñó la «Luger» y conminó:

—Quieta, o disparo.

Protegida por la antorcha, Enriqueta, sin responden, volvió a disparar. Estaba nerviosa, pues la bala rebotó en la cornisa de bronce.

El agente especial, con agilidad felina, se incorporó, adosándose a la antorcha.

Una risa sardónica le saludó al otro lado de la masa de bronce.

—Debía de haberle mandado al otro mundo hace ya tiempo, señor Lawson. Me hubiera ahorrado muchos contratiempos.

—¿Por qué no lo hizo?

—¡Qué sé yo...! Cosas de mujeres...

David quería, por el sonido de la voz, saber exactamente la posición de su enemigo; pero el viento, que era muy fuerte en aquella plataforma, no se lo permitía.

La casualidad vino en su ayuda. Voces y risas que salían del interior, y que iban adquiriendo intensidad, demostraban que se acercaba un grupo de visitantes. El agente especial, para no asustarlo, ocultó la mano que empuñaba la «Luger» en el bolsillo de la chaqueta. La Bagliatti, con elegante displicencia, hundió su manecita en los amplios pliegues de su abrigo. David no se hacía ilusiones; sabía que ella dispararía sin vacilar. En el reducido espacio, empujados por la reunión indiferente, quedaron uno junto al otro.

Algunos de los curiosos abandonaron el lugar, y David sentía sobre su muslo la presión de la pistola que la mujer llevaba bajo el abrigo.

—Siempre me gustaron los valientes, señor Lawson —murmuró la Bagliatti.

La modelo, pensaba David, era demasiado inteligente para cometer la torpeza de disparar ante aquella gente. Los brillantes ojos de Enriqueta le sonreían con una expresión de burla. De repente, el agente comprendió: entre el grupo de visitantes que acababa de llegar a la plataforma, un rostro de color le había recordado vagamente a alguien. Exactamente, ahora se daba cuenta: era el negro que acompañaba a Sam Virginia cuando le atacaron en la callejuela del barrio de Harlem. Recordaba que Sam le había llamado Kim.

Seguramente estaba allí llamado por la Bagliatti. La astuta espía le había atraído hasta la estatua de la Libertad. Y por una nota a Trausa, qué el chófer del taxi llevaría, le había comunicado la situación.

Estas reflexiones pasaron con la velocidad del rayo por el cerebro del agente especial.

Intentó volverse, cuando un terrible puñetazo en la cabeza le quitó momentáneamente la memoria.

—Otro, Kim —ordenó la Bagliatti.

Un nuevo y brutal impacto le sumió definitivamente en la más absoluta inconsciencia.

El instinto de conservación, poderoso en él como buen campesino, le hizo recobrarse en el momento preciso.

Su adversario le alzaba, cogiéndole bajo las axilas, e intentaba arrojarle por encima de la balaustrada. David, recuperándose rápidamente, asestó a Kim un cabezazo en la mandíbula. El negro aguantó firmemente el golpe y contestó con un directo formidable, que arrancó un trozo de piel a la frente del agente especial.

De la base del monumento subían gritos de alarma, y grupos de curiosos emprendían el ascenso para cortar la lucha.

David, debilitado por una noche de insomnio, estaba en desventaja con relación al negro. La idea dominante en éste era arrojarle al vacío. Sobre la plataforma de cemento del desembarcadero, una caída desde aquella altura era la muerte. Sin embargo, ocurrió todo lo contrario; fue David, al rechazar con una serie de puñetazos a su enemigo, el que le hizo retroceder hasta la barandilla. El negro perdió el equilibrio y cayó al otro lado. Como era un buen atleta logró asirse con ambas manos, a un reborde de bronce.

Instantáneamente, el corazón generoso del agente especial tuvo un impulso de nobleza. Le alargó la mano al negro desde la arandela.

—Cógete fuerte. Te izaré hasta aquí.

El cuerpo del granuja colgaba en el vacío, zarandeado por el fuerte viento. Abajo, la gente había enmudecido de terror, y tan sólo algún grito histérico de mujer rompía el silencio. Por la escalera de caracol subían algunos policías y curiosos. Los ojos de Kim estaban velados por la angustia; no podía agarrar la mano que David le tendía.

El agente especial saltó a la parte exterior de la arandela, y asido con una mano de los barrotes, aproximó la que tenía libre a la de su enemigo.

Era tarde; los dedos resbalaban lentamente sobre la pulida superficie de bronce, y el poderoso aire impulsaba como a un péndulo el cuerpo del infeliz. Aunque David logró cogerle por la manga de la chaqueta, el negro, lanzando un espantoso alarido, se desprendió de la cornisa.

Al agente especial casi le pareció oír el terrible golpe de su cuerpo al chocar contra el suelo. Cerró los ojos, y hubiera seguido el camino del otro, a no ser por unas cuantas manos que le aferraron desde la antorcha de la estatua. Ayudado por aquellos desconocidos, David se encontró a salvo. Cubierto de sangre, aturdido por la anterior escena, se encontró con la chaqueta de Kim, todavía en su mano, contestando maquinalmente a las preguntas de los policías.

Parecía no acordarse del motivo de estar allí, cuando el ruido del motor de una canoa al abandonar la isla le hizo mirar al mar. Enriqueta Bagliatti, envuelta en la niebla que se tendía sobre las olas, volvía a Nueva York.

* * *

Tras mostrar su placa del F. B. I. a los agentes y añadir que se hallaba en acto de servicio, David bajó al embarcadero y saltó a la primera canoa que encontró. Una «Gar Wood», color caoba.

Todavía sobre las aguas se mantenía la estela blanquecina que había dejado la lancha que conducía la Bagliatti. Y el ruido de su motor vibraba en el aire hasta que le apagó el de la «Gar Wood» que tripulaba el agente especial.

Siguiendo el camino de espumas, lanzado a toda velocidad, David enfocó el río del Este y pasó bajo el puente de Brooklyn. Los pocos minutos que Enriqueta Bagliatti le llevaba de ventaja eran suficientes para despistarle. Sin embargo, aún alcanzó a verla saltar a la margen derecha del río, abandonando la motora.

Subió los peldaños de piedra, cubiertos de líquenes, y se encontró en Square Garlan, la populosa plazuela. A través del tráfico alcanzó a ver a la Bagliatti subiendo en un autobús. Cuando David, dando unas poderosas zancadas, llegó a la parada, el coche arrancaba. Coger el primer taxi que pasaba, mostrar la placa del F. B. I. y caminar paralelamente al autobús fue cosa de segundos.

Desde el interior del taxi, el agente especial vigilaba a la Bagliatti. Ella se había dado cuenta de su persecución y sonreía extrañamente, cínicamente, desde su asiento.

En la primera parada del autobús, David subió a él. Iba atestado de gentes que hacían difícil la captura. Enriqueta se había puesto en pie y avanzaba hasta situarse en la puerta de salida. Entre su cuerpo y el del

agente especial había una infranqueable barrera humana.

La espía no bajó, en contra de lo que pensaba David, en la próxima parada ni en las siguientes. Ya el agente estaba junto a ella, con la «Luger» empuñada bajo el bolsillo, cuando la mujer decidió apearse. Estaban en la esquina de Cortlandt con Greenwich Street, el barrio de los amplificadores de radio. De todas partes surgían voces monstruosas y músicas horriblemente agrandadas. Tiendas de lámparas, carretes de hilos de cobre, cuadros de distribución, antenas..., exhibían en sus escaparates todos los modelos de radio que existen en el mercado.

La pareja avanzó unos metros rodeada por el ruido infernal que brotaba de todos los huecos.

Discretamente, procurando no llamar la atención, David cogió por el brazo a Enriqueta y la advirtió:

—Venga conmigo. No tiene escapatoria.

—¿Usted cree? —preguntó irónica la Bagliatti.

—Estoy seguro. Es mejor que no ofrezca resistencia.

—Si no la ofrezco... —Al decir esto, la extraña mujer se reclinó indolentemente sobre David Lawson.

El agente vio doblar la próxima esquina y acercarse suavemente a ellos un «Lincoln». De la ventanilla delantera brotaron unos foganazos.

Apenas tuvo tiempo de derribar a la Bagliatti al suelo y tenderse el mismo sobre el asfalto. La ráfaga de proyectiles pasó por encima de su cuerpo.

David contestó a la agresión disparando su «Luger» sobre Ladislao Trausa, que era el que empuñaba la ametralladora «Kelly» desde el «baquet» del «Lincoln».

La Bagliatti se había incorporado y corría hacia el coche, que la esperaba con una portezuela abierta. Una nueva ráfaga de la «Kelly» obligó a David a protegerse en el hueco de una puerta. La espía subió al coche, y éste voló materialmente. En medio del ruido atronador que llenaba el Greenwich Street, nadie había reparado en aquella escaramuza.

David corrió hacia Cortlandt inútilmente, pues en el río de coches que corrían en una y otra dirección no se veía el «Lincoln».

Ahora estaba seguro de una cosa: la pandilla seguía en Nueva York. Y se ocultaba no lejos de la Batería. La rapidez con que le Bagliatti se había comunicado con Trausa lo demostraba. Intentaría localizar al taxista que había llevado a la espía al embarcadero.

Se acercaría a la División a pedir datos a todos los garajes de la ciudad de los servicios efectuados aquella mañana.

Pero antes pasaría por su apartamento; no podía ir a ninguna parte con aquel aspecto, ensangrentado, con la chaqueta hecha jirones y el pelo revuelto. Un taxi le llevó a su casa, donde le aguardaba una desagradable sorpresa: Nils había desaparecido.

INTERROGO a Silvana, y la dueña le dijo que a media mañana había sonado el timbre del teléfono y una voz nerviosa de mujer preguntaba por Nils, pidiendo que se pusiera al aparato.

Ella no había querido despertarlo, pues el muchacho dormía entonces un poco. Pero la mujer insistía. Decía que se trataba de un asunto de mucha importancia. Finalmente, fue a despertarle y a transmitirle el recado.

En efecto, parecía tratarse de algo de suma importancia, a juzgar por la expresión preocupada de Nils. La voz femenina le daba una dirección que ella no pudo entender y que Nils recogía mentalmente sin repetirla en alta voz.

—Quise detenerlo; estaba enfermo. Con fiebre. Fue todo inútil: se vistió y salió corriendo.

«Kate», pensó David. A media mañana Enriqueta Bagliatti estaba en la estatua de la Libertad, y no era posible, por lo tanto, que fuera la autora de la llamada. Venciendo el poderoso impulso que le obligaba a lanzarse a ciegas en la populosa ciudad en busca de su hermana y de su amigo, David reflexionó para atar cabos. Mientras tanto se bañó, comió algo y bebió unas cuantas tazas de café caliente y cargado.

Al llegar a la División, se puso en contacto con los garajes para saber el nombre del taxista que había llevado la nota de Enriqueta Bagliatti a Ladislao Trausa.

Caía la tarde de un día terriblemente emocionante para David Lawson cuando le comunicaron el nombre y la dirección del hombre: Gordon Smith, en el número 201 de la calle Veinticuatro.

Las luces empezaban sus juegos con la noche cuando el agente especial llamaba a la casa de Gordon Smith, situada en el barrio habitado por franceses, cerca de Nuestra Señora de la Misericordia. Una mujer de aire desconfiado, que sostenía en brazos a un chiquillo, le abrió la puerta.

—¿Qué desea?

—F. B. I. —contestó David, mostrando su placa.

—¿Y qué?

—Quisiera hacer algunas preguntas a su marido.

—Pase —refunfuñó la mujer; y gritó—. Gordon, te buscan.

De la cocina, en mangas de camisa, salió el chófer.

David le examinó lentamente; parecía honrado. Y un evidente nerviosismo contrajo su rostro al ver la placa del F. B. I. que el muchacho conservaba en su mano.

—¿Qué quiere de mí?

—Poca cosa. Esta mañana llevó usted a una mujer al embarcadero de la

Batería.

—Así es.

—¿Le dio alguna noticia?

—Sí. Me entregó un papelito que decía: «Estoy en la Libertad con Lawson, necesito a Kim».

—¿Lo leyó usted?

—No tenía sobre.

—¿A quién se lo llevó?

—Al señor que ella me dijo. En Irving Place.

El hombre contestaba con aplomo y rapidez, a pesar de su nerviosismo. Parecía saber que al F. B. I. no se le puede engañar. David continuó:

—¿Por qué lo hizo?

—Me dio una buena gratificación. Decía que quería esquivar a un impertinente que la asediaba.

—El «impertinente» era yo —dijo David.

—Yo, señor, la verdad, no le di mucha importancia. Cosas así ocurren todos los días.

—Es verdad —concedió David.

El hombre le dio el número de la casa de Irving Place donde había llevado la nota que Enriqueta le entregara, y como parecía no añadir más a la investigación, el agente la dio por terminada.

Irving Place, recordaba David Lawson, era una callecita de aspecto europeo, bordeada de casas bajas entre la calle Catorce y Gramercy Park.

El fino instinto de David le decía que llegaba a la meta. Pero un dilema doloroso se planteaba en la conciencia del agente especial. Tenía muy presentes las palabras del director del F. B. I., oídas en cierta ocasión en la Academia de Quántico:

«En el F. B. I. se requiere, además de valor, inteligencia y prudencia, sobre todo, obediencia a los superiores. No se deben constituir individualidades, sino conjuntos».

La última frase: «No se deben constituir individualidades, sino conjuntos», se repetía de una manera obsesionante en el cerebro de David. El afán de excluir a su hermana del escándalo había sido la causa de que él y Nils, pese a la obediencia férrea que debían a sus superiores, no hubieran puesto en conocimiento del inspector su descubrimiento de los causantes de la muerte de míster Croyce y de míster Taimbech.

Empujado por una fuerza irresistible, llegó a la División y pidió hablar con el inspector Hayd. Cuando estuvo ante el corpulento funcionario le expuso sencillamente, dominando su propia emoción, los acontecimientos. Con gran sorpresa oyó esto:

—Esperábamos de usted esto, Lawson. Estábamos en posesión de todas las pruebas, pero quería esperar hasta última hora su comunicación. Es una prueba difícil para usted.

El inspector Hayd tenía por costumbre repasar diariamente el «Boletín de la Metropolitana». Y sabía de la muerte de Monty, de la accidentada persecución de Sam Virginia y del «accidente» de Kim en la estatua de la Libertad. Continuó:

—A la madrugada caerá la banda. Los agentes vigilan la casa de Irving Place. Usted formará en la expedición.

David, con el corazón angustiado, preguntó:

—¿Y el agente Nils Amstrong?

—Está con ellos. Uno de los muchachos que tengo apostados en Irving Place le vio entrar esta mañana en la casa.

David calló, anonadado, presa de funestos presentimientos. El inspector, al ver la cansada expresión del agente especial y su frente cubierta de sudor, le invitó:

—Siéntese, lo necesita.

—Gracias —murmuró David, dejándose caer sobre un sillón próximo.

* * *

Eran las ocho de la noche cuando un ordenanza le trajo unos «sándwich» y unas botellas de cerveza. David rechazó los bocadillos y apuró de un trago el refrescante líquido.

Había recargado de tabaco su antigua pipa, y fumaba impaciente. Sabía que le vigilaban. Ya no estaba en el despacho del inspector Hayd, estaba en la planta baja, cerca de la puerta de salida. Por ella entraban los ruidos del tráfico nocturno de Nueva York. Podía salir, correr a Irving Place, avisar a su hermana... Pero no; él era leal a su patria, al F. B. I. Así lo había jurado. Si Kate y Nils eran unos traidores, peor para ellos.

Dentro de unas horas el telón habría caído. El drama terminaría. De toda aquella macabra organización de espionaje y crimen quedarían unos cuerpos destrozados. La pandilla, pensaba David, resistiría hasta el fin.

Tenía que prevenir a Astrid. Encargarla de dar la noticia a su madre. Pero no se lo diría por teléfono. La línea que comunicaba con la casa de los Lawson era común a todos los granjeros de la zona. Y algunas esposas eran chismosas. No, no podía decírselo por teléfono. Le pediría que viniera inmediatamente a la ciudad.

Pidió comunicación con la heredad y esperó. Fue la propia Astrid la que acudió al aparato.

—Astrid, soy David.

La voz de su prima sonó alborozada al otro lado de la línea:

—¡Qué alegría, querido!

—¿Y mi madre?

—Prepara la cena.

—Óyeme bien: coge el primer autobús. Te espero en la División.

—¿Qué pasa, David? —inquirió con inquietud la muchacha.

—Nada —contestó el agente especial, procurando dar a su voz el tono más natural que pudo.

—Tu madre te va a hablar.

David, con el corazón en un puño, oyó la voz entrañable de la madre a través del hilo. Preguntaba por Kate, por Nils. Se quejaba de la falta de noticias en que la tenían.

—Estamos agobiados de trabajo, madre. Ya le he dicho a Astrid que venga en seguida aquí.

—¿A Astrid?

—Sí. Mañana regresaremos juntos.

—¿Y por qué ahora mismo?

—Porque la necesito con urgencia. Me he dado cuenta, así, de repente, que hacía mucho tiempo no la veía.

David intentó reír, pero un sonido extraño se le estranguló en la garganta. Un largo silencio al otro extremo de la línea. El joven, preguntó:

—Madre: ¿estás ahí?

—Sí, hijo. Bueno; ya mañana nos veremos.

Se despidieron apresuradamente. David con el auricular aplicado a la oreja, oyó el clic que cortaba la comunicación. Y, lentamente, en la certeza de que su madre era invadida por funestos presagios, lo devolvió a su sitio.

Reanudó sus paseos por la habitación, mientras un vendaval de ideas le enloquecía. Procuraba mantenerse sereno. Vació la pipa en la papelería y la llenó nuevamente. Sabía que el teléfono de la casa de Irving Place estaba vigilado por el F. B. I. De no ser así, hubiera llamado a Nils para divertirse, o para saber qué hacía entre aquella gente.

Las manecillas del reloj avanzaban de prisa, con demasiada prisa, cuando sonó el timbre del teléfono de mesa. En aquel despacho, David estaba solo. Alzó el auricular y preguntó:

—¿Quién es?

Sonó la voz, descompuesta, de Nils Armstrong:

—Sabía que estarías en la División.

El agente especial, que no ignoraba que el jefe y el inspector Hayd estarían escuchando, contestó con frialdad:

—¿Dónde estás?

—Estoy con Kate.

—No comprendo.

—Sí; me necesita. Está aterrada. No puedo abandonarla.

—Ella se lo ha buscado.

—Aunque las apariencias la condenan, es inocente. No sabía nada.

—No olvides tu deber, Nils.

—Pero ¿eres un hombre, o una máquina de matar? —gritó, exasperado, Nils Armstrong.

David tardó en contestar. Gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente y la mano que sostenía el micrófono temblaba. Repitió maquinalmente:

—No olvides tu deber, amigo mío.

Y colgó. Toda la luminosa infancia de Kate y de Nils, sus juegos por las praderas de la heredad, sus confidencias, sus arrebatos caprichosos y su amor desfilaron con extraordinaria claridad por la mente del agente especial, haciéndole estremecer. La puerta se abrió y el inspector Hayd apareció en el umbral.

—Muy bien, muchacho. El F. B. I. te debe mucho.

El inspector no obtuvo respuesta. En realidad, el agente no podía contestar. De haberlo hecho hubiera estallado en sollozos como una criatura. Apretaba fuertemente con los dientes la pipa. Y su cara parecía tallada en acero. Un extraño cansancio, repentino, le iba invadiendo. Le vencían tantas emociones y la falta de sueño.

—Perdón —se excusó, ante el inspector.

Éste lo contempló, comprensivo, y abandonó la habitación.

El muchacho se desplomó sobre una silla, apoyó la cabeza en la pared y, exhausto, se quedó profundamente dormido. Despertó sobresaltado, empuñando la «Luger». Alguien le tocaba en los hombros. Cuando saltó, impetuosamente, estuvo a punto de derribar a la prima Astrid, que ante él sonreía dulcemente.

Eran las cinco y media de la madrugada. Pocos minutos después se organizaba el cepo.

—Se trata de advertir a mi madre. Que no la coja desprevenida esta noticia.

David fue poniendo al corriente de la situación a su prima. Los ojos azules de la joven estaban llenos de lágrimas. Comprendía la lucha que se libraba en el ánimo del agente: su hermana y su camarada, por un lado, y su fidelidad a los Estados Unidos y al Federal Bureau of Investigation, por otro. Astrid le cogió las manos, las apretó suavemente, tiernamente, sin poner ningún comentario a las palabras amargas y doloridas de su prometido.

—Espérame aquí. Dentro de unas horas todo habrá terminado —dijo David.

Un agente se acercó a él y cambió unas palabras en voz baja. En la puerta de la División unos coches esperaban al jefe, a los inspectores y a los agentes encargados de aquel servicio. En el F. B. I., evidentemente, se le daba una gran importancia a la captura de los espías. Desde su despacho, los dos muchachos observaron cómo transportaban a los coches ametralladoras y bombas de gases lacrimógenos.

David abrazó, sin decir palabra, a su prima, y ocupó su sitio en el coche, junto al inspector Hayd. Con voz impersonal, éste comentó:

—No sabemos cuántos elementos están en la casa. Cinco creemos, con el agente Nils Amstrong. A primera hora de la noche han llamado a una Compañía Aérea encargando cuatro pasajes para La Habana.

Ninguno de los ocupantes añadió palabra, y el coche avanzó, inexorable y fatal, como la Justicia, hacia su destino. Por el horizonte, una débil claridad anunciaba el día.

SOBRE los adoquines de Irving Place, brillantes por una fina lluvia que empezaba a caer, no rodaba ningún vehículo a aquella hora. El jefe, con voz inexpressiva, murmuró:

—Esta lluvia alejará a los curiosos.

En Gramercy Park, dominando la casa, detuvieron los coches, y en ellos quedó el jefe de la División, el inspector Hayd, y David Lawson. Los otros agentes, portando ametralladoras y equipos de gases, se acercaron al edificio.

Era una mansión de tres pisos, tipo victoriana, con agudo tejado de pizarra. La lluvia arreciaba, y desde el interior del coche David veía caer el agua y resbalar sobre los impermeables de los agentes. Estaba singularmente lúcido y captaba con pasmosa claridad todos los detalles. Aquella noche no la olvidaría nunca.

Dos agentes ya estaban en la puerta. Alzaron el aldabón y llamaron. En el silencio de la calle resonaron los golpes. Del interior no salió ningún ruido. Volvieron a llamar unos minutos después con el mismo resultado negativo que la primera vez.

Un inspector, haciendo portavoz con las manos, gritó:

—Abran a la Ley.

Un silencio glacial acogió las palabras del hombre. Éste, dirigiéndose al agente que portaba la ametralladora, le ordenó disparase sobre la cerradura.

Una ráfaga de balas tableteó en la tranquila calle, despertando a sus pacíficos moradores. Se encendieron algunas ventanas, y cabezas de curiosos se asomaron prudentemente.

David, que contemplaba fascinado la escena, vio abrirse lentamente la puerta de cristales del balcón central de la casa.

—¡Cuidado! —gritó.

Era tarde. Alguien disparaba desde el interior con rara puntería sobre los agentes. El que llevaba la ametralladora giró bruscamente sobre sus talones y se desplomó de bruces, muerto, derribando en su caída el arma.

Rápidamente, en la oscuridad, otros agentes replicaron a la agresión. Tres balas, desde distintas direcciones, atravesaron, con gran ruido de cristales rotos, la puerta del balcón.

David iba a salir del coche, cuando el jefe, reteniéndole por el antebrazo, ordenó secamente:

—Usted, aquí.

El agente especial volvió a su asiento. Comprendía que ponían a prueba el dominio de sus nervios.

La puerta, guardada por sólidas cerraduras, no cedía fácilmente. Un

agente, que se había hecho cargo de la ametralladora, descargó nuevamente una ráfaga de proyectiles sobre ella. Desde una ventana de la casa salió un disparo, que se incrustó en el cemento de la acera. Los hombres del F. B. I., apostados en las puertas vecinas, replicaron con la velocidad del rayo. A uno de ellos su fogonazo le sirvió de blanco pues otra vez, desde el balcón, dispararon con certera puntería. El agente resbaló, mortalmente herido, hasta el suelo.

—Nos están haciendo bajas. Hay que acabar en seguida —se impacientó Hayd.

La puerta parecía ceder bajo los impactos. Y dos agentes, que se acercaron, ayudaron con sus poderosos empujones a abrirla.

El jefe dio orden al conductor de acercarse a la parte trasera del edificio, donde también había apostados hombres del F. B. I. Los criminales tratarían de emplear la escalerilla de incendios. En efecto, el coche llegaba al patio cuando una sombra femenina, a la altura del tercer piso, ponía el pie en los escalones metálicos. Un agente, que vigilaba aquella zona, advirtió:

—¡Alto! Levante los brazos.

La mujer no contestó. Retrocedió rápidamente, y amparada por la puerta, disparó al lugar donde había sonado la voz. El agente había tenido la precaución de cambiar velozmente de sitio, y esto le salvó la vida, pues la bala rebotó en los ladrillos de la pared.

En el interior de la casa sonaron detonaciones y las voces potentes de los agentes invitando a rendirse.

Los espías lo pensaban bien y se entregaban. Momentos después, con los brazos en alto, en trajes de dormir, aparecían Ladislao Trausa, Pierre Armont y Enriqueta Bagliatti.

¿Y Kate y Nils?

David formulaba estas preguntas, cuando vio, al mismo tiempo al inspector y otros agentes, a su hermana y a su amigo. Habían abandonado la casa por la buhardilla del tejado, y se encontraban ya lejos de ella, sobre el techo de otras construcciones. Todas las casas de Irving Place tenían a igual altura el tejado. Ya era de día, y en la lívida luz de la mañana se destacaban las siluetas de los dos jóvenes. Nils cojeaba e intentaba proteger a Kate, que había podido vestirse.

Un agente, antes de que nadie pudiera evitarlo, disparó sobre ellos. Pudieron ver cómo Kate se llevaba la mano al pecho. Nils se volvió, furioso, moviéndose difícilmente sobre su pierna herida, y resbaló en las tejas de pizarra que la lluvia pulimentaba. Kate gritó, e intentó ayudarle. Fue inútil. Nils Armstrong se deslizó, perdió el equilibrio, sin saber dónde asirse, hasta la cornisa. Allí se detuvo unos segundos y cayó a la calle.

David, con el jefe y el inspector, saltó del coche, seguido por algunos agentes. Al llegar junto al amigo, el camarada entrañable le alzó la cabeza

suavemente. Un leve quejido se escapaba de su boca, por donde corría un hilillo de sangre, que la lluvia borraba. Miró tristemente a David, y murmuró:

—Perdónala. Es buena.

Y no añadió más. Incluyó la cabeza y exhaló el último suspiro.

El desconcierto que el accidente de Nils Armstrong había producido entre el grupo del F. B. I., había sido aprovechado por Kate para desaparecer. Seguramente había penetrado en la casa en cuyo tejado estaba en ese momento. Mientras unos agentes se llevaban, esposados, a los tres asesinos, el coche del jefe, con el inspector, David y otros agentes, volvía a Irving Place a situarse en la puerta de la casa donde suponían se había refugiado Kate.

Al llegar, la hallaron abierta. Un par de viejecitos, matrimonió, en ropas de cama, comentaban agitadamente en el umbral:

—La mujer llevaba una pistola. Bajó como un rayo de la buhardilla; nos despertó, amenazándonos, obligándonos a abrir la puerta de la calle.

Los dueños de aquella casa estaban en Europa. Y en su ausencia la guardaban el mayordomo y el ama de llaves. Tranquilizaron como mejor pudieron a los aterrados vejetes, y subieron hasta la calle Catorce. A Kate se la había tragado la tierra. En el tráfico, que ya empezaba a ser denso, se había evaporado. Sin embargo, no iría lejos; estaba herida. Regresaron a la División. En el trayecto, el jefe no hizo ningún comentario sobre el proceder del agente Nils Armstrong.

En el despacho, donde David la dejara, esperaba Astrid, exasperada hasta la impaciencia. En pocas palabras el muchacho puso a la joven al corriente de todo. Un ordenanza se acercó a él con una orden del inspector:

—No abandone usted la División, señor Lawson.

En los laboratorios sacaban centenares de copias de una fotografía de Kate para ser repartidas inmediatamente por la ciudad y los Estados.

El agente especial y su prometida continuaron esperando órdenes en las oficinas de la División. Al mediodía, sobre unas grandes bandejas, les sirvieron la comida traída de un restaurante cercano.

David había logrado, con un titánico esfuerzo, dominarse. En aquellas tremendas horas la presencia cercana y silenciosa de Astrid le había hecho mucho bien. Casi no habían cambiado palabra, pero se comprendían perfectamente. El pensamiento de los dos jóvenes se proyectaba, por igual, en Kate y en la madre.

—Debemos advertirla antes de que se entere por la prensa —dijo Astrid.

—Todo acabará dentro de unas horas, querida —murmuró él.

El inspector Hayd penetró en el despacho, y, dirigiéndose a David, le dijo:

—Ya estamos en la pista de la muchacha. Hace un rato ha telefonado un agente destacado en el Bronx, diciendo que el empleado de un garaje, al mostrarle la fotografía de Kate, la ha reconocido. El hombre dice que hace media hora alquiló un coche.

—¿En el Bronx? —preguntó, asombrado, David.

El Bronx, barrio de judíos y extranjeros, está al otro lado del canal de Harlem. A bastante distancia de Gramercy Park.

—No le asombré —continuó el inspector—. Si cogió el elevador en la calle Catorce, pudo cruzar Harlem en seguida.

—En efecto —concedió David.

—Se ha tomado la matrícula del coche, y las salidas de la ciudad están guardadas.

—En media hora ha podido ganarlas.

—No lo creo, está muy débil. El hombre dice que parecía extenuada.

David aplicó la llama del encendedor al tabaco de su pipa. La mano le temblaba. El inspector Hayd le golpeó con expresión de afecto, inusitado en un hombre tan huraño, y le animó:

—Se ha portado usted muy bien, Lawson. El F. B. I. no lo olvidará.

Sonó el teléfono de la mesa, y el inspector levantó el auricular. Lo aplicó al oído, y contestó con monosílabos a la comunicación. Colgó suavemente, y se volvió hacia David:

—En este momento está llenando el depósito de gasolina en un surtidor de la carretera de New Jersey.

David y Astrid cambiaron una intensa mirada.

—Vamos, nos esperan —ordenó Hayd.

David, abrazando a su prima, le pidió:

—No te muevas de aquí. Aguarda mis noticias.

El muchacho corrió tras el inspector, que ya subía con otros dos agentes a un coche del Federal Bureau of Investigation, y ocupó su asiento. El vehículo voló materialmente hacia la carretera de New Jersey, entre los ruidos estridentes de la arteria urbana.

Cuando llegaron al surtidor, el coche no estaba allí. El mozo se acercó corriendo, turbado, a los del F. B. I.

—¿Y la mujer? —preguntó el inspector.

—Se ha marchado —contestó, en el colmo de la confusión, el hombre.

—¿Cómo no lo impidió?

—No pude. Llevaba una pistola.

—¿Por qué no requirió el auxilio de un policía?

—Antes de llegar la muchacha, acababan de pasar los motoristas. En aquel momento estaban lejos.

—¿Qué dirección tomó? —continuó Hayd.

El auto arrancó velozmente en la dirección que el hombre señalaba. Llevaban recorridas unas cuantas millas, cuando vieron el coche. Estaba

vacío, abandonado en la cuneta y dos motoristas tomaban su número de matrícula y características.

Frenaron junto a los dos policías y se aproximaron. Uno de aquellos hombres, preguntó:

—¿Qué desean?

—F. B. I. —contestó, lacónicamente, Hayd.

—Muy bien.

—¿Qué ocurre? —prosiguió el inspector.

David se acercó. El coche era el que conducía Kate, no cabía duda. En el asiento delantero, sobre el volante y en el suelo, huellas abundantes y recientes de sangre hablaban con elocuencia de la gravedad de su herida.

Era fácil seguir la huella sangrienta de la muchacha sobre la arena de la cuneta y el asfalto de la carretera. Había continuado a pie un buen trecho, y, finalmente, se había detenido. Debía de haber hecho señales a algún coche para que la recogiera, a juzgar por las huellas de los neumáticos. Se podría decir que había sido un camión, ya que la profundidad de la señal de las ruedas era grande.

Durante unas horas el coche fue siguiendo aquel rastro. Las recientes lluvias habían extendido sobre el alquitrán una capa de tierra, y eran perfectamente visibles las señales que había dejado el camión.

David iba reconociendo el paisaje. Se acercaban a la heredad de los Lawson. Dos millas más allá arrancaba una carretera de segundo orden, que pasaba ante la puerta de la granja. El coche del F. B. I. se detuvo; en aquel sitio había parado el camión. Kate, que seguiría empuñando la pistola, habría obligado al conductor a llevarla hasta allí, y amenazándole, le había hecho frenar.

Para el agente especial ya no existía duda: Kate volvía a la heredad. Acorralada, herida, se acogía como una niña, a la sombra de su madre.

El coche avanzó por la carretera secundaria y se hundió en el cieno que la cubría.

—¡Qué camino! —refunfuñó el que conducía.

Nadie contestó. Llegaba el fin.

Al extremo de la carrera, doblando una curva, vacilante sobre sus piernas, descubrieron a Kate. El inspector ordenó acortar la velocidad.

Kate cayó al suelo, se incorporó y avanzó unos pasos. David, con el rostro convertido en piedra, interrogó con la mirada al inspector Hayd. Éste, sintiendo clavadas en él las pupilas del agente especial, le animó en voz baja:

—Valor.

Ya veía el muchacho los árboles bienamados de su granja, los setos verdes de las tapias y el gris de la pizarra del tejado. Pero su dolor y su sorpresa no tuvo límites al reconocer en la puerta de entrada de la finca una sombra inmóvil y familiar. Era su madre.

El sol poniente la iluminaba en toda su tragedia. Esperaba quieta, como una estatua, la llegada de la hija. Kate avanzaba, agonizante tropezando en los muros, en las zarzas, sostenida por el impulso de la querencia. La heredad de los Lawson la recibía en la hora suprema de su vida. Y era su madre, avisada por el instinto la que venía a recogerla.

—Perdón, madre —murmuró.

La madre avanzó para ampararla, y ella se desplomó sobre sus brazos, derribándola casi. La pistola, que aún conservaba en la mano, se desprendió.

David se acercó, solo, hasta el grupo que formaban las dos mujeres. La señora Lawson estaba arrodillada en el centro del camino y sostenía sobre su pecho la cabeza de la infortunada. Cuando el agente llegó hasta ellas, la joven abrió los mortecinos ojos, donde la vida se escapaba por instantes, hizo un esfuerzo para hablar y suplicó:

—Perdonadme los dos.

Su cabeza se inclinó a un lado, bruscamente, y dejó de existir.

David la alzó en sus brazos y avanzó hasta la casa bajo los grandes árboles de su tierra. Su madre, hermética, silenciosa, siguió al hijo, que llevaba el cuerpo muerto de la hermana.

Entre los dos la colocaron en la cama, en su antigua cama. Bajo el techo entrañable y protector de los Lawson.

Y entonces se derrumbó la mujer. Dando un gran grito, se arrojó sobre el cuerpo inanimado de Kate, besándola apasionadamente, acariciándola tiernamente, murmurando en su oído palabras de amor.

El inspector Hayd, que había penetrado tras David en la casa, abrazó al agente. El hombre de hierro parecía vencido por la desgarradora escena. Sin mirar al joven, le dijo:

—Nosotros regresamos a la ciudad. Usted quédese con su madre.

Desde la habitación oyeron alejarse el coche, El agente especial del F. B. I. alzó a su madre, y, envueltos en las sombras que empezaban a invadir la casa, se abrazaron, llorando, estrechamente.

* * *

Pasaron unos meses.

La tragedia que azotara su vida empezaba a calmarse un poco en el ánimo de David.

El inspector Hayd evitó en lo que pudo que el nombre de Lawson sonara en el sensacional proceso. Enriqueta Bagliatti, Ladislao Trausa y Pierre Armont fueron condenados a la última pena.

Y si podían, en virtud de algún acto de clemencia del Gobierno, salvar sus vidas, no saldrían nunca del presidio de Alcatraz o de Sing-Sing.

Nils Amstrong no fue tachado de traidor. No se le disculpó, no obstante.

Solamente se tendió sobre su proceder un piadoso y comprensivo silencio.

El Federal Bureau of Investigation concedió unas vacaciones a David, y durante el transcurso de ellas el joven se casó con su prima Astrid. Le habían destinado a otra ciudad, a Chicago.

Y él agradeció esto al jefe. No hubiera podido continuar en Nueva York.

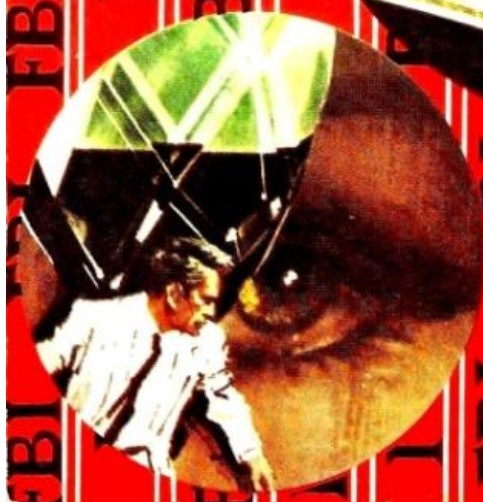
A la madre no pudo arrancarla de la tierra. Continuó en la heredad de los Lawson, y no intentó debilitar en su hijo la vocación para agente especial. Comprendía que el F. B. I. evitaba a cada instante, en cada rincón de los Estados Unidos, que muchachas como Kate cayeran en las redes doradas que les tiende el crimen.

No se puede violar la Ley. El director del Federal Bureau of Investigation, John Edward Hower, lo ha dicho: «Quien infringe la Ley, tarde o temprano es obligado a responder de su delito.

F I N



EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (Madrid) 10 Ptas.



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA